

VITAMINA

B
F
e
v
i
l
i
a
c
n
q
u
a



Lectulandia

Vitamina, un planeta errante cuya atmosfera es una droga alucinógena, mantiene una colonia dedicada a la fabricación de fármacos, saturada de violencia y locura. Adictos, psicópatas, asesinos y violadores se mezclan en barrios bajos, guetos y cárceles, con colonos que han asimilado el aire de Vitamina y conviven con sus propios delirios.

Una banda de narcotraficantes galácticos, la banda del tiempo, comienza a traficar una nueva droga bautizada «polvo de reloj». Su consumo está destruyendo la cohesión entre el espacio y la temporalidad, el orden que mantiene las cosas en su lugar en todos los planos del universo.

«La intención de esta novela —fragmentada en relatos cortos que se cruzan, se mezclan, rebotan unos con otros— es la de mostrar que ya nada es tan sencillo de entender como pasado, presente y futuro, donde quiera que estemos hoy».

Fabián Bevilacqua

Vitamina

ePub r1.0

Proletrario 15.05.2020

Título original: *Vitamina*
Fabián Bevilacqua, 2008
Diseño de cubierta: Proletrario

Editor digital: Proletrario
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Vitamina

Cita

Definición

Experiencia del autor con el consumo del tiempo:

A las siete

Qué es la muerte

Semejantes se diluyen en ecuación convergente

Adicto al trabajo

Un milisegundo igual a un centímetro sobre escala uno en un millón de mapamundi ilustrado[1]:

Domingo de la Tierra a Marte

Lo ertón de molinete se estacamento clarividentu...

Ukoyi7o8g7 ilhluhgu (o los deseos de Tiguri)

Sin ti perdí el rumbo

La banda de tiempo arde Tritón

El pibe viaja un orgasmo

Atrapado en el rojo

Solamente quería llevarme la droga al teatro

Lunes de Marte a Vitamina

Multipase de mala vida

Estas listo, Calisto

Cierra bien esa puerta...

Avisos radiales, pintadas y subliminales

No pierdas todo tu tiempo en el juego

El niño de siete en la ruina lunar

Ese excartero huyó de sus minutos

La moda futura

Demonio musical

Las mariposas de Mercurio dan fiebre

¿Nunca te dije cuánto te quiero?

Su sonrisa es el fin

Mi sonrisa es el fin

Tu sonrisa es el fin

Prólogos

Sobre el autor

Notas

«Prematuro. Prematuro. Danos un poco más de tiempo. ¿Tiempo para qué? ¿Para más mentiras? ¿Prematuro? ¿Prematuro para qué? Digo a todos que estas palabras no son prematuras. Estas palabras pueden ser demasiado tardías. Faltan minutos. Minutos para el objetivo enemigo...».

William S. Burroughs

VITAMINA. f. **Biología.** Nombre que reciben varias sustancias orgánicas que actúan en cantidades mínimas y son esenciales para las diversas reacciones metabólicas. Algunos organismos son incapaces de sintetizarlas y deben obtenerlas por otros medios. Su ausencia determina graves trastornos, reversibles mediante el suministro de la vitamina faltante. **Astronomía.** Planeta carente de polos que se desplaza errático por los bordes salientes de la Gran Espiral. Su atmósfera virulenta es un compuesto adictivo y nocivo. La estadía prolongada en alguna de sus decadentes colonias, implica posteriores desintoxicaciones legisladas o la permanencia obligatoria. Los cinco anillos que gravitan en torno suyo son billones de radiantes partículas de un cristal-alcaloide, el cual es también una potente droga psico-cuántica de uso ilegal. Su sintetización provoca fuertes cuadros alucinatorios y perturbaciones de espacio-tiempo en el 99,9 % de los pobladores reflexivos del universo.

Experiencia del autor con el consumo del tiempo:

Como toda droga no permitida que recién comienza a circular por el cosmos, los primeros comentarios de sus cualidades psicotrópicas se esparcen en brotes dispersos y mojan las orejas de los interesados consumidores terráqueos y los colonos siderales. Dicha droga —partículas cuánticas procesadas y fragmentadas— apunta a personas de un nivel social lo suficientemente elevado como para pagar la novedad, o al menos, la dosis mínima —que es del tamaño temporal de un año solar y equivale a comprar un veloz y lujoso cohete Mercedes Benz—. Los comentarios superan todo elogio coherente. Al parecer, es una experiencia incomparable e indescriptible, muy variable dependiendo la persona y su ubicación geográfica. Básicamente es como volverse un ser espacial que convive en un milisegundo, con todo ese tiempo relativo, consumido en la dosis. El tráfico del producto proviene del adictivo planetoide llamado Vitamina —aunque ya se habla de una banda organizada de tráfico que supera Vía Láctea y acaricia todo el esfínter galáctico hasta las mismísimas profundidades de sus agujeros negros—. Su forma es la de unos pequeños granos —poco más grandes que los de sal gruesa— de diferentes colores brillantes, que pueden chuparse, ser fumados, o ser colocados entre el párpado y los ojos, logrando así un rápido efecto. El tamaño y los colores varían dependiendo la calidad del corte y la cantidad de tiempo contenido en el grano.

No me fue fácil dar con el contacto adecuado para conseguir una muestra, me había llegado la noticia de unas pequeñas dosis circulando por Belfast, bastante baratas para el promedio de valores de mercado y compuesta por unos granos minúsculos, como una sal fina multicolor, que no es más que el polvillo resultante del fraccionamiento de grandes fragmentos de tiempo. En las calles se la está llamando *viruta*, *arena*, o *polvo de reloj*.

La primera impresión, fue la sensación de estar moviéndome estando quieto, todo alrededor comienza a oscilar, como una señal mal sintonizada en el televisor, llena de fantasmas y con los colores corridos de sus contornos. Al

mirar al cielo nocturno me encontré con todas las fases de la luna recorriendo un manto impresionante de estrellas. Sensación de flotar, cosas dentro de otras cosas, atravesar con la mirada el tiempo desprendido de sus agujas y estructuras. Al intentar escribir en medio del viaje psico-cuántico, me encontré con decenas de hojas y textos que mi mano redactaba al mismo tiempo, como capas y capas de palabras que se entremezclaban en un solo plano y se volvían un libro con tan sólo unos cuantos parpadeos. Una droga ciertamente seductora, pero peligrosamente cara y adictiva.

A pesar del elevado costo, atrapados en realidades que distan de ser un mundo feliz, sobrecargados de ocio y con demasiados Mercedes en sus abarrotadas cocheras, los jóvenes adinerados del cosmos han comenzado a desvivirse intentando digerir compulsivamente décadas y más décadas, para ver pasar así el tiempo delante de sus ojos y poseer por un instante, esa sensación de falsa eternidad que los deja enganchados. Incluso se está hablando, como un chisme en los salones de adictos, que un músico de pop inglés experimentó consumiendo varios milenios sin cortar, y que se ha vuelto completamente loco, algunos hasta aseguran que desapareció automáticamente, convirtiéndose en una especie de aura de colores que toca la guitarra.

Como toda nueva droga, aún no sabemos exactamente todas sus contraindicaciones y los daños en las estructuras relativas del tiempo —tanto el de quien la consume, como así también su relación con el tiempo y el espacio en general... algo que varios científicos eminentes alertan como el mayor peligro del futuro relativo—.

La intención de esta novela —fragmentada en relatos cortos que se cruzan, se mezclan, rebotan unos con otros— es la de mostrar que ya nada es tan sencillo de entender como pasado, presente y futuro, donde quiera que estemos hoy...

A las siete

«La muerte del autor y el nacimiento de Vitamina en cortoteatraje experimental de dos minutos y medio».

La pantalla se encendió, un cuarto en blanco y negro escondía una cama en la oscuridad, alguien parecía dormir en ella...

—Anoche me dormí, no fue hasta pasadas las cuatro que entre cobijas logré apresar el sueño. Por la mañana la muerte vino a despertarme. Habré dormido tres horas, no más que eso, y el sol aún estaba detrás de la noche en una sobredosis de pegajoso calor.

Ella susurró en mi oído, tuve el atino de abrir los párpados.

Las sabanas se colorean, las luces se encienden, el cuarto está repleto de personas que rodean la cama, el hombre en ella despierta y se levanta abruptamente, empapado en sudor.

—Sí... así fue, pero no hasta esta noche.

—¡Volvió cobijado! ¡Asomaba la muerte! —repitió el gentío con asombro, en un opaco coro de feligreses y vírgenes histéricas.

—Orden... orden he dicho —resonaba una voz por encima de todas. Eljuez podía ser escuchado desde todos los rincones, su voz rebotaba en ecos fantasmales contra las paredes de estrellas—. Somos la confederación más grande en los últimos trescientos milenios, hemos mantenido universos y distribuido constelaciones como si se trataran de simples galaxias. De no haber sido por la maldita explosión, seguiríamos siendo lo que alguna vez supimos ser.

El gentío bajó el rostro, la imagen se movió, algunas estrellas se apagaron, los colores perdieron su intensidad.

—Recuerdo perfectamente esa etapa: «Ser en Siendo», una pavada con el tiempo —continuó Eljuez, desde su estrado consciente—. Claro que eso era antes, mucho antes de esta noche próxima. Ahora, antes del final que será nuestro nuevo comienzo, es mi deber y me toca impartir.

—¡Imparta! —gritó el coro de voces con la emoción estallando desde sus gargantas.

—Imparto... —contestó Eljuez con parsimonia y alzó su martillo.

Golpeó el martillo contra el estrado, todo el decorado parpadeó, luz de relámpago, oscuridad, rayas y puntitos grises redujeron la habitación del acto hasta encerrarla en la pantalla sucia de un pequeño televisor en mitad del escenario. Un potente reflector se encendió iluminando a un bebé sentado frente a la pantalla plana, su dedo índice dentro de la nariz, hurgándola meticulosamente. El bebé le dio un golpe seco al aparato en un costado y éste lanzó un leve quejido, la imagen tembló y se apagó por un instante, volviendo a encenderse con su señal distorsionada. Voces incomprensibles fuera de sintonía se perdían en el ruido que bañaba la sala. El niño se levantó con el televisor lanzando luces fosforescentes, se dio la vuelta y caminó con sus pasos cortos, iluminado por un tenue brillo azul. Y a medida que se acercaba al público expectante, se apreciaba más y más su altura desmesurada, alcanzando en los pasos finales unos dos metros.

Mientras la luz se intensificaba y pasaba al verde, el bebé se convertía en un anciano delgado dentro de un pañal con tiradores y con las puntas de sus pies tocando el borde del escenario, muy cerca de la primera fila de butacas. El dedo aún en la nariz y detrás de él, la distorsión de la pantalla que continuaba lanzando ráfagas intermitentes, contorneando su silueta en el ruido blanco.

—Y así, papuchos míos, es como se armó toda esta cosa —dijo, con los brazos abiertos.

Las lámparas del teatro se encendieron, todo trucado con luces, el flaco y alto hombre no era más que un gran reloj de péndulo con su aguja corta clavada en las siete.

—¡Despierten! ¡Es una buena hora para morir! —gritó el reloj, mientras el gas letal comenzaba a ser esparcido por debajo de las butacas de la última fila, envolviendo el gran salón con una bruma amarillenta.

Qué es la muerte

—Ahora, tanto separatistas como unificadores quieren verme caer. Necesito irme lo antes posible y tengo entendido que ustedes son los únicos que pueden sacarme a mí y a mi familia más allá de Orión. Me han dicho que sus descargas llegan a los límites, que llegan a Vitamina, un paraíso alucinógeno. Dicen que allí uno puede comprar el tiempo que quiera si tiene el dinero suficiente para pagarlo. Yo tengo más que suficiente.

—Son grandes, de los que te pisan y te dejan de pasta —*el agente de viajes se levanta, cierra la valija de muestrarios y la coloca bajo su brazo.*

—... ¿De qué habla? ¿En Vitamina?

—Hablo de lo que tiene allí atrás, los demonios del otro lado de la puerta que cerró tan sutilmente mientras me sacaba el abrigo.

—Lo que tengo allí atrás son a mis dos hijos —*dice indignado, los músculos de su cara deforman la expresión, tensando al mismo tiempo sus brazos y piernas—*, están alimentando a los peces y no quería que los molestáramos —*intenta esbozar una sonrisa amigable, pero sólo logra enfatizar su enojo—*. Debe usted haber visto mal. Una pecera bastante grande que deforma los contornos.

—Oh, no lo creo, veo todo muy bien, son infernales, tienen un ojo en rojo cuatro, cuando cierran el blanco ciego derriten las capas de piel cocinando los órganos internos a fuego lento. Sé perfectamente lo que vi detrás de esa puerta y puedo imaginarme lo que veré al finalizar esta negociación —*y apretando contra sus costillas la valija, el agente de viajes da media vuelta y camina con decisión hasta la puerta principal del despacho; se detiene al aferrar el picaporte, girando levemente la cabeza—*. No me gusta perderme en estas nulidades, llámeme cuando realmente quiera pagar por nuestros servicios exclusivos y lo pondremos en primera clase.

Cierra la puerta suavemente.

El importante se encorva sobre su trono de cuero blanco, sabe que la caída de su imperio lunar es inminente. Con la tensa expresión de grietas y sangre en sus ojos descuelga el comunicador y marca dos veces cinco.

Espera...

—Cinco y cinco.

—Detengan al hombre que baja las escaleras, díganle que ha olvidado su abrigo y que estoy dispuesto a pagar el viaje del que me habló. Sean amables.

—Diez.

El importante cuelga, vacía su vaso efervescente de un trago y se acerca al abrigo doblado sobre el bargueño; rápidamente sus manos recorren los bolsillos y encuentran un sobre lacrado. El sobre dice «Importante» en góticas letras rojas.

Lee la carta:

«No vuelva a abrir la puerta que oculta a sus dos pequeñas criaturas, las cosas podrían cambiarse de lugar, estamos vadeando una densa catarsis temporal y algunas paralelas se están doblando desde las puntas, cruzándose en muchos casos más de una vez. Su realidad podría sucumbir ante una significativa cantidad de ciclos si decide abrirla.

PD: No pregunte quién soy o cómo sé esto. El agente de viajes ha hecho vacío en las escaleras de salida. No servirá de nada que lo mande a llamar».

El importante se sienta en su trono y lanza un soplo, hundido en sus pensamientos, apretuja la carta y marca dos veces cinco en su comunicador.

Espera...

—Cinco y cinco.

—¿Han detenido al hombre que bajaba las escaleras?

—... No ha bajado nadie todavía, señor.

Abre los ojos, un estallido de cristal y chillidos en la habitación de los niños, son el sonido de la pecera que ha caído. El importante arroja el comunicador y corre hacia la puerta abriéndola violentamente.

Entonces acerco la mano a la culata de mi semiautomática oculta bajo el saco, desenfundo, y disparo dos veces al suelo cubierto de agua. Los inmensos peces de colores dejaron de sacudirse sobre el charco de agua y los trozos de cristal.

Me coloco el abrigo y vuelvo a poner la carta y el arma en su lugar. Enciende un cigarrillo sin filtro, me acerco a la ventana del despacho que lentamente comienza a quedar a oscuras. Un apagón general, el cielo se está cayendo a pedazos.

Vuelvo a sacar el sobre; quiero leer el mensaje una vez más...

Leo la carta:

«Ha abierto la puerta, ahora sus hijos y su mundo están escapando de la nebulosa en un charco de agua. Pronto Caronte, este pequeño satélite, no será más que un asteroide buscando nueva orbita si no se unifica al resto de las dimensiones.

No mire por la ventana, es peligroso que lo haga. Usted es más importante de lo que cree en este espacio degenerado. Somos importantes piezas caídas del tablero, no lo olvide. La banda del tiempo sabe escoger sus aliados.

Estamos llegando al eje de la doble espiral. Lo espero en su centro.

PD: No piense que las cosas volverán a ser como antes. Si mira por la ventana morirá junto con su realidad. Y mi ayuda será en vano».

No le hice caso la primera vez, y ésta la he leído demasiado tarde...

—Qué es la muerte después de todo.

Con una sonrisa nerviosa guardó la carta en su bolsillo y se quedó mirando el caótico paisaje por la ventana, que comenzaba a quebrarse en millones de pedazos.

Semejantes se diluyen en ecuación convergente

La bala atravesó limpia por uno de sus ojos, el brazo en alto tardó en ceder un segundo. El disparo provenía del edificio de enfrente, alguna de sus ventanas diminutas; no tenía tiempo para perder haciendo averiguaciones, así que tomó la escalera por el final del pasillo y rápidamente se metió un pañuelo en la herida, descendiendo de a varios escalones mientras volvía a sonar la alarma en todo el recinto. Ya estaba descubierto.

El sonido de las gaitas dejó de atravesar los ventanales, pero aún podía percibir en las plantas de sus pies como temblaban las maderas, lo estaban siguiendo por debajo del suelo con ondas de sonido, algún nuevo dispositivo. Atravesó el gran pasillo central que se mezclaba con atardeceres y llanuras que aparentaban realistas frescos en el cielo raso. Los planos se mezclaban en capas degradadas que dificultaban el movimiento acelerado.

Al llegar al hidro-puerto vio en los plasmas colgantes la larga columna de estandartes y gaiteros fanáticos, a Mcduffy liderando la marcha por la Avenida Mayor el último día patrio lunar. Su ojo rojo destellando en los primeros planos.

Dos hombres lo esperaban frente a su desplazador polarizado, un disparo cruzó su cabeza haciendo que sus pensamientos cayeran al suelo.

Lo revivieron desde el corazón con golpes de tambores, los estandartes que cubrían las paredes parecían moverse como breves hologramas de mala calidad. Inyecciones fluorescentes le abrieron la mente y volvieron a despertar su apetito por pensar a pesar del dolor, le pusieron conductores de uranio y avivaron sus sentidos hasta empezar a escuchar sus gritos desde el estomago, le sacaron los dientes y las uñas, lo pegaron a un muro con sangre seca y goma adhesiva, le dejaron escapar las órganos y los gritos con un corte transversal. Las tripas tocaron el suelo que temblaba de verdes a opacos.

—Dinos la ecuación.

—Sabemos quién eres.

—Dinos la ecuación.

Le desgarraron las piernas, le derritieron las orejas con fuego líquido, lo mantenían consciente con puntadas de tambor, le inyectaron danzas de trance lento en los pulmones.

—Dinos la ecuación.

Cambiaron los colores y lo pusieron de nuevo en forma para luego despellejar su pecho y machacarle los testículos con un mazo. Le licuaron los brazos con ácidos. Lo resucitaron con fogonazos de dimensiones mixtas. Colores llevados al sepia.

—Dinos la ecuación.

—Sabemos quiénes eras.

Los dos hombres dispararon juntos el arma final, los tambores, al mismo tiempo que la ráfaga comenzaba su trayectoria, dejaron paso al murmullo agudo de las gaitas nuevamente. El cuerpo mutilado del agente encubierto fue polvo de estrellas en la bruma negra. Menéndez echó un soplo mientras se secaba las manos con una toalla.

—No sirvió de nada, hermano mío, nuestro padre no ha querido hablar. Sólo sé que nos unificarán pronto. Ya están dentro de la familia.

Desde las pantallas, en todas las paredes, las falanges independientes de Caronte cargaban sus estandartes en rectángulos de sincronía. Una vieja grabación del día de la resurrección. Mcduffy escuchó a la distancia las gaitas, detrás de las barracas abandonadas, comenzaban una nueva canción, no pudo distinguir con exactitud cual de su repertorio tocaban. Salió al balcón a intentar oírlas con más nitidez. El teléfono comenzó a sonar dentro del despacho.

—Nénde al habla manda.

—Señor Defunción Menéndez, su siniestro al habla señor, es urgente, los hombres acuartelados están desertando en masa, están arrojando sus

estandartes a la estratosfera, muchos carbonizan sus trajes grises y desaparecen en la convergencia, señor. Varios paralelos ya han sido asimilados.

En las pantallas continúan las legiones por la avenida manteniendo en alto sus emblemas, la cadena de aparatos en todo el despacho no deja de repetirse, estandartes que marchan firmes con los dos cíclopes del infierno como cabezas de las columnas, sus ojos incinerando el día.

Mcduffy se arrimó a la baranda del balcón y echó un vistazo dentro del inmenso despacho palaciego detrás de él, Menéndez hablaba por teléfono intentando no desfasarse mientras las paredes derramaban su pintura y el suelo se ablandaba. Miró el paisaje desde el piso siete que comenzaba a mezclarse con otros paisajes, una superposición difícil de discernir entre edificios, hielo, y bolas de fuego de viejas guerras nucleares. Mcduffy habló hacia el interior del cuarto.

—La convergencia a comenzado, hermano. Nos están unificando finalmente.

Una voz resonante cruzó los horizontes, las pantallas se apagaron. La voz parecía provenir de todos los lugares.

DEPONGAN LA MATERIA, NEUTRALICEN SUS
COLORES, SUS DIMENSIONES ESTÁN SIENDO
UNIFICADAS POR EL NACIENTE ORDEN DE LOS
PARALELOS, SEAN AHORA PARTES DEL GRAN
CENTRO.

Mcduffy respiró profundamente, el aire se estaba espesando, al hacerlo, aspiró sin notarlo las últimas partículas de polvo del agente encubierto que decía ser su padre.

En la plaza del martirio, la orden de gaiteros fanáticos atravesó los portones tocando una canción festiva; pero ya todos los sonidos comenzaban a mezclarse en uno único y chirriante. Mcduffy miró al interior del salón en busca de su hermano, Menéndez había desaparecido y el teléfono sonaba a tambores de trance lento entre sangre y pintura fresca.

Se trepó a la baranda y soltó un quejido por sus labios que empezaban a deshacerse.

—Hagan lo que quieran.

Se dejó caer los siete pisos. Desapareció al tocar con la nariz el suelo revuelto.

Adicto al trabajo

Merodea entre las tabernas, renguea con hedor mal nacido fisgoneando con su roja nariz de payaso reventada en el vicio, los escaparates de las tiendas de barbitúricos y pócimas mágicas, zigzagueando las calles en busca de los carteles de neón que le dibujen botellones de venenos y tragos enfermantes. Sus ojos desorbitados se estiran sobre las mesas, vidriados de sangre y lágrimas ácidas. Un arma con su tambor vacío en la cintura completaba aquel patético cuadro enmarcado en humos de cosita y cigarros dulces.

—Cenaré esta noche con el hombre araña, tiene un negocio para mí. ¿Sabes?

—Entiendo que se pega a las paredes —contestó el tabernero algo malhumorado—. Estoy cerrando. Mañana es hoy y ya no llego a la noche. Y mi maldita mujer me tiene de los pelos.

—... Por las bolas. Así son las perras cuando se ponen gordas.

El Bobina levanta las mesas y pasa la escoba, empujando pequeños cadáveres ebrios, ya todos los seres con ánimos de andar están fuera echando patos verdes sobre la acera. Todos los seres, excepto un payaso hinchado y sediento de dialogo etílico. Mañana será nuevamente el hombre damajuana, y entre sueños y temblores salvará a un tranvía de caer en un riacho del 32, y dejará sin armas soviéticas a guerreros sunitas de paseo por Trípoli en el 99. «*Sólo denme la bendita oportunidad, mataré a Longinus antes de que lo clave a Cristo por el costado con su lanza enorme...*». Era el problema de ingerir una luna muerta y tener el organismo en condiciones alcohólicas altamente inflamables, largos delirios, tan reales, que resulta imposible no creerlos tales; una luna muerta estaba bien para esas cosas, por más que fuera cultivada en algún laboratorio subterráneo. Pero había variadas y severas contraindicaciones. En cuanto a la cosita, se había quedado seco y con ganas de lengüetazo barato. Salió a buscar entre el verde vómito algún resto

ingerible... el no hallar nada lo puso de muy mal humor, y su peluquín violeta con diminutos rulos dio una vuelta completa en su cabeza.

—¿A quién se le ocurre llamarla cosita de todos modos? —dijo, en un rasposo quejido con su voz gutural.

—Su nombre fue en un principio «koka keta pastaribosa». Una sustancia no muy comercializable, vale aclararlo. La síntesis del producto causó una síntesis de palabra que derivó en «koketa pastaribosa», y por extensión «koketa», «cosa», «cosita». Así obtuvimos un nombre corto y pegadizo para el lenguaje popular. Porque tenemos todo calculado. ¿O creé qué Vitamina se fundó en un pase?

—... ¿Usted vende? —preguntó, contemplando el cuerpo despatarrado junto al semáforo roto.

—... No. Antes era otra cosa... ya no recuerdo.

—¿Entonces qué carajo quiere? —refunfuñó, apretándose la nariz—. Estoy buscando al hombre araña, tiene un trabajo y ando sin nada, quizás lo vio por aquí.

—Eso sí que vendo, ahora recuerdo donde estoy agonizando... yo soy él. El peludo araña con veneno y mil mañas —y se da varios golpes en el pecho con sus ocho patas—. Acompáñeme a los subsuelos. Le invito la cena.

Ambos se tiran por un trampolín que los deja sentados en la cocina de un hospital de emergencia del Frente Popular para la Recuperación del Cáncer, las mesas llenas de tumores comen carne violácea y se dirigen al púlpito a difamar al Movimiento Transgénico Clandestino.

—Aquí se come barato. Es lo que puedo pagar —dice el hombre araña, desgarrando un muslo con sus filosos colmillos.

—Vamos al grano, señor araña, estoy babeando de la ansiedad, puedo pagar, puedo pagar lo que sea por un buen trabajo.

—Es un trabajo difícil, completo, con cambio de cuerpo incluido. Te costará bastante.

El gordo dado vuelta se aprieta la nariz colorada y sopla con fuerza hasta sacar por las orejas cincuenta resacas de amapola. Se aplaude la panza y

muestra todos sus dientes de oro cariaados. El hombre araña toma las resacas del suelo con sus patas traseras.

—... Es de piloto de avión, de esos de película vieja. Tengo todo para mañana, te cargan en el Barrio Brea a la hora del tuerto —le acerca un papelito manchado de grasa con la dirección—. No llegues tarde.

—¿Dónde es el trabajo?

—En los cielos de Bruselas. Ochocientas personas en vuelo hipersónico. Gente importante en primera clase.

Andrés Guerrero Beligerián se pone de tres patas y sale del antro sin saludar. Ya es de noche en la ciudad, los idos están flotando por la avenida vieja entre remolinos de basura; la nariz de payaso y los rulos violetas suben al tren y se sientan solos frente al ventanal.

Para cuando llega a Barrio Brea ya está coloreando el cielo y cae gelatina copiosamente sobre los rulos de su peluquín.

Un milisegundo igual a un centímetro sobre escala uno en un millón de mapamundi ilustrado^[1]:

Estoy aquí, aún puedo decir eso, mi carrera política financiada con drogas ilegales, un simple títere en esta guerra. Cuántas veces me pierdo en estos pensamientos hasta llegar a la misma conclusión vacía y los dejo ir, como si fueran sólo eso, el sendero hacia el desenlace que quiero traspasar. Pero siempre me pierdo. Vuelvo a la realidad de que aún no salgo del plano, de que sigo sentado aquí variando mis dimensiones, en el espacio reducido que me corresponde como pasajero de clase económica en este rayo de luz.

La ventanilla zumba: «00h: 00m: 00s: 01ms del primero de Enero del año cero». Es el primer milisegundo de la Unificación, aunque todavía no siento la intro-multiplicidad como la esperaba. Miro por la ventanilla polarizada, afuera es gris, una nube en la noche. Nada más.

«Un milisegundo igual a un centímetro sobre escala uno en un millón de mapamundi ilustrado. Por su seguridad, rogamos no saque cabeza y/o brazos por la ventanilla en velocidad de desplazamiento». El cartel no decía nada de las piernas, necesitaba estirarlas; pero cuando abrí la ventanilla me di cuenta que mi desenlace se estaba rompiendo. Algo lo estaba rompiendo. Estamos sobre Bruselas, me he quedado pausado sobre Bruselas. Me he vuelto de papel en el primer milisegundo del tiempo nuevo.

—Cierra la ventana, colega, que afuera apesta a petroquímica —un hombre, de poco pelo y ojos saltones, codea a su acompañante de viaje frunciéndole el ceño. El acompañante no parece tener sus rasgos totalmente definidos—. Esto va algo lento... ¿no le parece, colega? Creí que ésta era la

mejor empresa de hipersaltos, pero a éste ritmo desesperante nos terminaremos perdiendo el comienzo del mitin —el hombre, de poco pelo y ojos saltones estira el brazo por delante de su acompañante y cierra la ventanilla, dándole un golpe seco al plasma—. La puta que te parió... ¿Qué te pasa? Ya te estás transparentando otra vez, mejor que pienses en algo tangible, no voy a buscarte en la nebulosa de nuevo... ¿Me oíste? —Revisa la hora de su reloj pulsera y la compara con la hora de la ventanilla digital, resopla mientras busca en el pasillo a alguien para quejarse. La azafata se acerca con un carrito de tragos—. ¿Demorará mucho la transcripción, camarera? Tenemos una cita muy importante a la que no podemos llegar tarde. Somos miembros del nuevo orden.

—Estamos reparando la máquina tragamonedas, señor. Pronto podrá comprar más tiempo. Son problemas ajenos a la empresa... ¿Cuál es su destino?

—Bangla Desh.

Los ojos celestes de la camarera parpadean rápidamente.

—Estaremos allí en doce milisegundos. Sobrevolamos Bruselas.

—Por favor, lo más rápido posible, siento que ya llevo sentado aquí minutos.

—Señor, su sensación se debe a que estamos atravesando una tormenta cuántica, una vez fuera del radio temporal de la nube lo dejaremos en Bangla Desh a tiempo para su cita... ¿Le apetece un *whisky*?

El hombre se pasa un pañuelo blanco por su prominente pelada brillante de sudor, en su pecho, un pin enganchado al bolsillo de su saco se prende y apaga como un cartel luminoso, dice: «*Vote a Ernesto Honesto, el mañana es hoy. Partido por la unificación*».

—Por favor camarera, que sea triple.

Las voces de mi acompañante y de la azafata se pierden en la espuma gaseosa, me paso la mano por la cara mientras giro la cabeza y me reflejo en el plasma sin querer, me veo en mis ojos, un payaso que se ríe y llora al mismo tiempo, una risa emotiva en la cara blanca surcada por profundas grietas, sus

flores violetas se curvan dentro de los pliegues de mi saco de pana.

—¡Camarera!, pssst, ¡camarera! Mi compañero se está difuminando... ¿Puede traerle un *whisky* a él también?

La azafata comienza a bajar por una escalera caracol sin prestarle atención a los gritos.

—Pssst, ¡eh! ¡Camarera! ¿Me escuchó?! —El hombre, de poco pelo y ojos saltones mira su reloj pulsera, «00:00:00:00»—. Puta madre, esto va para atrás, así no llegamos.

Se pone de pie enérgicamente, golpeando con ambos puños el respaldo del asiento delante de él. Lanza un lamento ahogado con miradas furtivas que le recorren la frente. Vuelve a sentarse, toma de la manga a su compañero que tiembla como un flan, el brazo se le resbala de los dedos mientras busca entre la distorsión del rostro sus ojos para poder hacer contacto visual con la imagen desfasada.

—Hijo de puta, reverendo hijo de puta. No puedo decir que no lo intenté, tal vez no como debía... pero lo intenté.

La azafata regresa, carga una pesada torta de chocolate que le dificulta subir la escalera, está a punto de caer con la bandeja cuando sus incómodos tacones se clavan en la alfombra verdosa.

La mano se cierra sobre el brazo que se disuelve en el aire acondicionado.

Se alisa su minifalda, sonrío y levanta la torta.

—¡Feliz año cero!

Domingo de la Tierra a Marte

Tony Minerva arrastra los pies en la mierda bajo las calles de Belfast. Ha prendido fuego el centro de control. Cincuenta policías muertos.

Barbacoa de puercos en la tienda de los martirios.

Y de allí directo para la iglesia.

—Hoy se casa mi primo —dice Tony, saliendo de su madriguera por la mañana.

Una tarde de sirenas en todo Belfast, Tony corre con su fusil automático echando humo.

Llueven piedras en la ciudad, un diluvio de gritos y palos gasea el viejo barrio obrero. Relámpagos de fuego, truenos de armas negras.

En la iglesia ha violado a la novia y a sus dos hermanas, y fusilado al cura, y tiroteado la cruz, y a su familia toda. Y de un salto a los túneles y desde entonces corriendo.

—Túneles de mierda —dice Tony, empujando su cuerpo en la hedionda oscuridad.

Paracaidistas ingleses sueltan dinamita por las letrinas, «Tony está muerto. Nadie salva a Tony esta vez». Lo esperan atrincherados en las alcantarillas, si sale lo matan, porque ya nadie quiere a Tony con vida en Belfast.

Por la mañana se levantó y degolló a toda su banda, se comió los pechos de su chica y salió a quemar cincuenta policías y después para la iglesia porque se casaba su primo.

—Mierda de Irlanda. Me cansé de la mierda de Irlanda —dice Tony, pateando cartuchos de dinamita.

Explotan los túneles, lo corren con perros y armas de destrucción masiva. Éste es su último día en la ciudad.

Sube una escalerilla y sale en mitad de la revuelta, la callejuela es un festín de balas y adrenalina pura con Tony desnudo y cubierto de la mierda de Irlanda.

El Pibe Molotov salta de un entrepiso arrojando nafta contra los blindados, cae a sus pies. Más truenos.

Lluvia de piedras.

—¡Otro día sangriento en la historia del hombre! ¿Eh, Tony? ¿Qué tal esa puta boda de mi papá al mediodía? —pregunta agitado el Pibe Molotov.

Lo único que puede verse entre la mierda chorreando del mentón de Tony, son sus inconfundibles ojos verdes observando a su sobrino pirómano.

—Este domingo me levaté bien mierda. Me estoy despegando de aquí, me voy lejos.

—Voy contigo entonces, tío Tony. Me robaré la manera de salir contigo.

—... Tú eres mi boleto...

De un culatazo con su fusil automático, Tony vuelve blando el cráneo debajo del pasamontañas, el Pibe Molotov cae pesadamente bajo el diluvio de piedras. Bañado en mierda se agacha y le quita la máscara negra, el cerebro se desparrama sobre el asfalto. Escucha los ladridos, puede ver a los paracaidistas ingleses cayendo sobre los tejados, golpeando con sus borceguíes las chapas. Mete los dedos presuroso en la cabeza de su sobrino. «*Tiene que estar aquí... estoy seguro*».

Saca la mano llena de materia gris aferrando una tarjeta plástica, la limpia acercándola a sus ojos, no sabe leer, pero interpreta la ilustración que acompaña el texto como un pasaje de ida en micro-cohete a las pirámides de Marte con documentos falsos incluidos. Un verdadero regalo de navidad y cumpleaños.

Perros escoceses con dinamita corren calle abajo, ladrando con violencia.

—¡RÍNDETE TONY! ¡SUELTA LA MIERDA Y PON TUS MANOS EN EL SUELO PARA QUE PODAMOS TORTURARTE!

—¡Tony Minerva se está yendo a las estrellas! —grita su garganta, lanzándose a una boca de tormenta, los perros estallan, los paracaidistas ingleses manipulan sus metralhas atómicas contra el empedrado. Belfast se sacude en una memorable onda expansiva, el suelo de la callejuela se levanta como un forúnculo de adoquines y tierra lanzando el cuerpo mutilado del Pibe Molotov sobre los hidrantes y los palos largos. Pedazos de mierda y ciudad golpean las fábricas entre ruinas y ladrillos de siglos pasados.

Es el final de otro domingo sangriento en la puta madre Tierra.

La mañana siguiente revive la normalidad y la calma, empleados públicos barren el desastre y queman los cadáveres de la fiesta, agentes buscan pedazos de Tony con pinzas y lupas; pero sólo encuentran uno de sus ojos verdes pegado a un paredón, todos saben que el resto de él ha logrado escapar de la isla.

Títeres bien vestidos del noticiero estatal anuncian que sus días de matón en la civilizada Tierra han terminado a lo grande, ha salido por un inodoro del Panal Imperial, matando a golpes a la abeja reina al despuntar el sol del lunes. Nada grave, ya hay reina nueva y un monumento para la vieja asesinada. Desde la Corte Suprema lo acusan de setecientos crímenes en menos de un mes, de atentados con bombas de cobalto en China y Uganda, de estallidos que han dejado como saldo más de medio millón de rápidas muertes el año pasado, lo acusan de los cambios climáticos y de la erupción de volcanes, de la perdida constante del tiempo en los relojes biológicos, de los nudos en las líneas de tiempo. Lo llaman «Anticristo», «El irlandés infernal», «La parca verde», «Tony ojos verdes», «Mr. Tony masacre», le atribuyen todos los casos sin resolver de los últimos tres siglos aunque no ha vivido ni la mitad del anterior. De ser encontrado lo esperan doscientas mil cadenas perpetuas y quinientas penas de muerte.

Pero Tony Minerva se está alejando de sus sentencias a la velocidad de la luz. No era éste el mundo adecuado para aprovechar sus furiosas energías.

Adiós.

Tu diminuta conciencia te desea buena suerte. No hay lugar para mí en el viaje.

Lo ertón de molinete se estacamento clarividentu...

Serruchando las amazonas de piel robliza canturreaba lijando las mesas de troquel pelado. Agachado se indigestaba, entumecido su estomago por tantos caracoles.

La puerta cantaba junto a la estufa «Piedra libre para los Bilis Jugosos», la canción del momento. Las noticias hablaban de un presunto buen tipo encontrado culpable, próximo a ser soltado con dirección a la cuarta luna.

—Ya, que importa, *torturenlon* igual, no escriban todo, plausibles dudas acallarán.

—Me tienes excretado, hecho unas ascuas. Apaga ese aparato que sólo cuenta estupideces.

—Amazonas listas hermano, cantemos^[2]:

*Viñas doradas arbolan
Amazonas terminadas van
Cayendo del infierno
Rojo fogoso soy
Fagocito intestinos, ¡saborrrrrr!*

*Dulce tardecita feroz
Recuerdos acuden a
A la la. A la la. A la la*

*Hijito ojitos claros
La mesa lijando
¡Ésta!
Ya voy.*

*Abre las ventanas
Cierra las persianas
Cuenta las veinte
¡Y dan cuarenta!*

Los Viscosos aplaude sediento de orgullo, la canción que aprendieron de su padre siempre lo emocionaba y él es así, inoportuno. Sentido el fin del trabajo, sale a la vereda estirándose las manos, sonando los huesos de sus dedos. La callejuela silenciosa iluminada por farolas se revienta de golpes. Los Bilis Jugosos están asaltando el salón del necrófago doblando la esquina.

—Deja ya esos intestinos —dice Tony Minerva, holgado entre sus dientes filosamente podridos (el hedor más nauseabundo de toda Vitamina) la cabecita muerta de un pequeño hombre, con marcada expresión de suplicio.

—¡Me están descontrolando el boliche! —gritó indignado Yergo el necrófago, succionando a través del ano de su acólito, metros y metros de dolor intestinal.

Dos Viscosos salió por la puerta a medias entornada, el barrio era de los más descompuestos en toda Vitamina desde la llegada de esos matones. Su hermano, Los Viscosos, se mantenía de pie con el bombo cargado de estatuillas de amazonas, listas para lanzar al mercadito.

—Ese Tony Minerva no sabe donde vomitar —canturreó Los.

—Es de Fuera, todos saben que es de Fuera —tarareó Dos.

—A las cloacas con todos, Vitamina está enferma desde que se reventó la torta. Y éste es el peor barrio. Ya nadie camina dopado por las calles de Villa Lisérgica.

—Nademos por las verdes hasta el incinerador de la municipal, no podremos pasar por el cruce del foso con los Bilis jugando con carne fresca allí enfrente.

—Llevaré mi mesa lijada. Hoy conseguiremos vender nuestra suerte.

Estiran las piernas, se ponen sus ojotas. Embarcados en cadáveres disecados de abuelos y ancestros navegan el vado hasta la reja que traga cuanto verde puede y nada más. Subiendo por la escalerilla hacia la plazoleta, Los Viscosos pierde la cabeza al asomarse sin precaución.

—Mamá tenía razón, siempre debiste prestar más atención a por dónde sacas tu grandota cabeza cubierta de grasa, cualquier cazador miope podía confundirla con un jabalí —le decía Los a la cabeza de su hermano que se alejaba por el verde del arroyo.

Llegó a la zona del abrevadero, tuvo que dejar la mesa y cargar las amazonas con los dos brazos, salpicado de argucias y con el estómago arrebatado de nuevo sintió fiebre por su hermano. En la vuelta de la calle oscura, un Oficio de nada más que matar se le acercó a paso redoblado.

—¿Documentos?

Y Dos Viscosos vomita cuatro quistes de personalidad en los pies del Oficio, y el Oficio los deposita en su máquina azul, de donde sale un chillido de alerta.

—Sus documentos están rancios.

—Sólo me quedé dormido tres días y no me renovaron los conservantes. Trabajo las amazonas en el mercado. Le aseguro que soy un desgraciado en regla. Y sepa que mi hermano acaba de perder su cabeza aquí a la vuelta.

Y en su madriguera de las afueras, la señora Parí Viscosos suelta la palangana rebosante de masa encefálica para los chanchos. Sabe desde el fondo de sus sentidos que sus hijos están dejando el desordenado mundo físico de Vitamina.

—Pues mejor para su hermano. Mucho mejor perderla a que reviente. ¿Entiende lo que le digo? —dice el Oficio, dibujándose una mueca bajo sus mostachos negros.

—En lo absoluto.

El Oficio desenfunda su arma, gatillando como trueno contra el redondo y brillante rostro. Los restos de Dos Viscosos serían cremados por la mañana, una mala carne como para hacer hamburguesas con ella.

Esa mañana turbia y cargada de humos, los Bilis Jugosos asaltan el crematorio en busca de carnes putrefactas. Les han encargado un trabajito. Rápidamente escupen ácidos y mejunjes de sales y aceites contra los pabellones. El Cremero marrón detiene las llamas de los hornos negros, sus zánganos leprosos corren por el Partenón de las cenizas, se esconden en los nichos vacíos.

Tony Minerva grita rompiendo las urnas:

—¡Llévense aquellos pies de mujer!, ¡chupen esos dedos!, ¡devoren el liquen de los cestos! ¡Encuentren a Quebrador!

Furia Gastada y Manubrio Derroche se miran los ombligos, se dicen bajo los pantalones: Tony es de Fuera, todos saben que es de Fuera... nadie para a Tony el Tuerto.

Tony los escucha, y con un puñetazo frío le hunde la frente a Manubrio Derroche, sacándole sangre a borbotones por las orejas. Furia Gastada se queda en el molde, ya no tiene ánimos para comentarios.

—Cálmate Tony, amigo, y tómate unos ojos. Sabemos cuanto te gustan.

—No me digas nunca lo que tengo que hacer, imbécil.

Succiona los globos desasiéndolos lentamente en su boca, no los traga hasta que se forma una especie de paté bajo su lengua, se arquea extasiado contra los ataúdes.

—Ya es hora, puta mierda de tiempo —urge Tony, soltando un aparatoso eructo—. Tómenlo de un brazo y ¡SALGAMOS DE AQUÍ!

Ukoyi7o8g7 ilhluhgu (o los deseos de Tiguri)

Caminaba regurgitando las bolsas que escondía de sus perseguidores, espectros que acechaban en las vidrieras disfrazados a la moda.

Esperó dos horas en la esquina, se rasgó los brazos de los nervios, mientras la calle barría fuego y cenizas. *Descontinuado del que no se puede esperar que aparezca*, soñaba, y las carrozas pasaban sin detenerse frente a sus temblores.

—Está descontinuada. Mírala, no aguantará una semana más allí abajo...

—¿Está en el viaje?

—Sí, nadie puede siquiera hablarle, anoche la esperamos vomitando bolsas en el callejón de la taberna. Nunca llegó.

—No quiero esperarla más. Bajaré a buscarla. Mientras los fantasmas de las masas titilaban en estampida sin llegar a materializarse, su carne le imploraba la dosis faltante, y podía ser muy persuasiva. Ametrallaba con imágenes y sudor frío. Su voz sonó desde los huecos de sus ojos.

—Ya dámela de una maldita vez...

—No es tan sencillo. Nada lo es, verdad que sí —dijo, y su rostro azul estática se deformó en lluvia de grises; luego siguió sonriendo desencajadamente—, es la mitad de los miligramos necesarios. Ni más ni menos. Y su cuerpo le obligaba a decidir.

El camión de la basura arrastra sus ruedas ronroneando hedores, los tipos oliváceos corren por las callejuelas echando gritos y chiflidos, apartando las bolsas negras tibias de los restos caducos. El camión se detiene ronroneando, abre lentamente con sonidos de acero y engranajes su boca oxidada.

—Éste camión me deja en casa. Dámela de una vez o tendré que esperar otras dos horas en la intemperie.

La bolsa cae en un hilo de baba sobre su mano inquieta, las baldosas crujen y se hinchan, el paredón lleno de gaseosas y piernas en venta se mueve de costado y parece querer caer sobre sus sentidos alterados. Los edificios se hacen espuma, todo gotea una espuma rosada. De un movimiento, los oliváceos arrojan el embutido de fallos químicos a la boca de la recolectora mientras ella juega con su paz antídoto, llevándola de mano a mano.

—Tendrás que ponerla en tu boca para darnos satisfacción, preciosa. Ya veras que poco a poco te iras olvidando de la vieja marca. Ella toma el arma de oscuro calibre de su cartera, y arrebatada la pequeña dosis con un disparo que vuela una nuca.

—¡No! —gritan desde la otra vereda, pero la linda Tiguri ya está etérea y centelleante otra vez, eléctrica se mueve doblando la avenida que bordea la alambrada. Se disgrega, espectral entre el tumulto, y el camión de la basura arranca sus motores, y la traficante de discontinuados llega con demoras a través del pasaje sin nombre, y es tan tarde, que ya no hay compradores. Sólo se encuentra con un cadáver junto a su rancho.

Caminaba regurgitando bolsas, antiguas drogas de laboratorios desaparecidos... y es que cada tanto una tiene que escapar de sí misma, desdoblarse en la primer esquina esperando el regreso de la noche.

Sin ti perdí el rumbo

—Ella es tan dura, por ejemplo, te cuento, por las mañanas de invierno sale desnuda de la cama, y así como así, va a la terraza y se pone a mear en la rejilla. Es todo un caso. O, por decirte alguna otra boludez, agarra las cucarachas de la cocina, esas chiquitas que se te meten en los recovecos de las ollas, y se las come vivas. No sabes que asco me da levantarme a desayunar y ver las cabezas de las cucarachas tiradas sobre la mesada, porque la muy turra solamente les mastica el culo.

Doña Rosa lo miraba absorta, su intromisión de chusma de supermercado no quería saber tanto. Primero pensó que el joven era un demente, algún tipo de desquiciado mental de los barrios bajos que era mejor encerrarlo que dejarlo andar por la calle, posiblemente algún ilegal que había encontrado la forma de cruzar el alambrado; pero luego se le acabó el tiempo para pensamientos, la imagen de las cabezas de cucarachas tiradas en la cocina le revolvió el estómago.

—... Como si fuera poco, la zarpada es mugrienta, puede creer que los piojos se la están comiendo viva... —Los jugos gástricos barriales pudieron más, salieron disparados sobre la cajera del supermercado.

—¡Uh!, ¿se siente bien doña? Ella sólo quería saber donde estaba su mujer que hace tiempo que no la veía hacer las compras.

Rápidamente un empleado de cuatro piernas borró los rastros viscosos, la cajera suplente entró prestamente. La mal habida que se interpuso entre el vómito y el suelo fue despedida al instante.

La doña se repuso y salió espantada más rápido que un mutis shakesperiano.

Augusto tomó aire y al salir se dejó llevar por el camino. Al llegar a la esquina, una duda inminente lo detuvo: ¿Qué camino tomar? La decisión fue

rauda, esperaba a que pase un perro y lo seguiría. Se sentó en un umbral, frente a él, unos niños jugaban a arrojar sapos a la reja electrificada que separaba los barrios bajos y el centro de la colonia.

Poco después de que los últimos rayos catódicos dejaran resbaladiza la calzada, la zona sin luz cubrió barrio Brea, y un perro callejero cruzó dos esquinas, grande, con sus zapatillas de moda, de las que se inflan y parecen naves, se lo veía que andaba en la movida. Augusto se refregó la cara y soltó un bostezo, trotando, alcanzó al perro en mitad de cuadra. Con el hocico húmedo, el perro callejero dejó fluir una baba elástica que manchó sus zapatillas ultramodernas. Desde su cabeza, la pantalla de plasma del perro comenzaba a emitir imágenes de un viejo programa de preguntas y respuestas, palabras sueltas en movimiento continuo. Caminó varias cuadras mirando fijamente la pantalla, hasta que el perro se detuvo y el plasma apagó sus intermitencias frente a la reja electrificada, lanzando un ladrido ronco. Agazapada como un sapo, la mujer de Augusto se aferraba rígida y grisácea al alambre.

A su lado, un muchacho mono-pierna, en muletas improvisadas de cañerías plásticas, habló desde los escombros de un galpón quemado:

—Está coloreando groso la azotea, bruder, parece que caerá gelatina de la buena ésta vez. Será mejor que te escondas en tu madriguera si no quieres quedar pegado.

—Estos perros te llevan a donde no querés ir —contestó Augusto distraídamente, con la mirada en el alambrado y más allá, colocando un cigarrillo en sus labios partidos—, necesito salir de Vitamina.

—¿De Vitamina eh? De Vitamina te vuelas sólo con lo mío, vendo trabajo del bueno bruder, ningún hombre araña vende mejor trabajo que el mío —el muchacho en muletas parecía intentar sonreír con sus labios hinchados y azules, mientras unas gotas gomosas comenzaban a caer del cielo carmesí.

El perro de plasma trotó la callejuela desapareciendo en la niebla.

—Esa cosa me da pesadillas —dijo apenado, y bajó la vista. Alcanzó a ver una cucaracha, grande, roja y patona, zigzagueando torpemente el empedrado que comenzaba a pegotearse y emanar vapor rosado. Se agachó, la capturó, y le mordió ceremoniosamente la cabeza, guardándose el culo rojo en el bolsillo. Unas arcadas parecieron querer expulsar todo a la calle, pero se

controló tragando la cabeza rápidamente y mirando el cuerpo achicharrado en la alambrada—. Ella es tan dura, sabes, trabaja en la cocina de un restaurante francés, y cuando le piden el plato del día, se pone de cuclillas sobre la olla y caga un puré caliente con una especie de carne picada y morrones. Se muere de risa cuando la gente importante que va a comer allí lo degusta y pone cara de no saber que es.

—Es de las que me gustan, se la ve tostadita —el barrio se iluminó de azul y naranja con un bramido intenso, el muchacho mono-pierna se cubrió un poco más bajo el techo de chapa. En el fondo del sonido, un aullido agudo vibraba las ventanas sanas de las calles, se lo percibía aumentando decibeles, recorriendo la niebla de barrio Brea.

—Los niños dijeron que era una rana, la arrojaron como a las demás.

—Los chicos son crueles a veces, bruder... escucha, el aullido de la trituradora anda cerca, y yo no quiero donar mis órganos al puto planeta que me parió todavía. Me rajo, bruder, saludos a tu novia.

Augusto se pasó la mano por el rostro quitándose una capa de gelatina verdosa, suspiró, y dio unos pasos lentos, miró a su alrededor, un aullido poderoso comenzaba a ganar la noche. Sin saber hacia donde dirigirse, decidió esperar al siguiente perro.

La chapa de cartón comenzó a repiquetear con más fuerza, no quiso volver a señalar nada, la ansiedad estaba dejando de deglutirle los nervios. El camión triturador pasó gorgojando por las cinco esquinas sin verlo, algunos chameleros fueron cazados despiadadamente, «*no sólo los niños son crueles*» pensó, mientras los gritos se terminaban con el repetitivo sonido del bisturí cortando entrañas.

Él, que ya no esperaba nada, dio ocho vueltas sobre su rabo cuando una estupenda perra pasó dando grandes zancadas por la ochava. Bruscamente, como si el destino estuviera de acuerdo, el cuerpo de su mujer saltó en un espasmo y soltó un gemido. La tensión eléctrica aumentaba por las noches. Augusto interpretó el último movimiento como una señal y se abalanzó detrás de la can.

Parecía apurada, el aire alrededor de sus pantalones carpa se doblaba en pequeños quiebres, hacía semejar ligera la gran escafandra que ocultaba su hocico.

—«Esa desgraciada tiene el efecto» —dijo para sí, y la gelatina empezó a granizar, el golpe de los gomosos copos era duro, la perra iba liviana dos cuadras adelante, Augusto debía prestar atención al suelo si no quería perder sus sueños y así fue como perdió a su perra.

—«Sí que va ser larga tu jornada, bruder» —le murmuró una comadreja que lo había observado desde un umbral de zinc. «*Otra señal*», pensó, y cansado y fastidiado se metió en el recoveco con el animal viendo como la gelatina recortaba su mentirosa realidad y una asquerosa rata azul se suicidaba en la reja.

La banda de tiempo arde Tritón

.....

—¿Sos vos?

—Yo soy absoluto. Yo soy imaginación.

—... ¿Qué?

—Cuántas cosas me faltan, y todo es mío.

—Yo soy parte de tu imaginación.

—También de la tuya.

—... Aquí me sabotean y censuran, hace tiempo que no me dejan despegar. Tritón es una caldera y estoy ardiendo desde hace cuatro meses. Las cosas no van bien, puede que ésta sea la última cosecha.

—Sobreviviré, Titán, y tú volverás a Europa^[3].

—No lo sé, aquí las cosas convergen. Y en un momento estás en Tritón, y al otro mojando las patas en la Laguna Azul, arrojando inmensas piedras volcánicas al lago sin fondo.

Y levanta una piedra negra, y grita con el pecho dándose la fuerza suficiente para lanzarla y dejarla chapotear el lago.

—Y otro momento estás aquí conmigo, en este planeta, matando el tiempo. Acabando con él. Nosotros imaginamos el universo, lo dejamos caer en el mortero, una vez fraccionado el tiempo simplemente nos dedicamos a venderlo. Cinco eones por una luna, treinta por un planeta.

—... Así es como me hice un sistema solar muy bonito, pero eso ya no importa. Sigo ardiendo desde Tritón, no paro de perderme a causa de la maldita convergencia. Me tragué veintitrés años anoche.

.....

Llamó por cobrar:

—Habla Quebrador, estoy en Vitamina, pero no puedo quedarme, se me está acabando el tiempo.

—Júpiter está muerto, también Ganímedes.

—... ¿Ganímedes?

—5, 10, 50 quebrado.

—Ruta, Río, Rieles.

Titán cuelga el teléfono al rojo vivo, las llamas lo consumen del todo. Su pelo se enciende. Rompen un cristal, bajo capuchas de chanco, los bomberos blancos entran por la ventana rota pateando pedazos de tiempo, las llamas cubren las paredes y los muebles.

—La caldera va a estallar, es el fin de Tritón —dice Titán, y se sienta en su sofá en llamas, mientras el techo sobre él se desprende y lo cubre de tierra y cal.

Un bombero blanco se quita su capucha de chanco, su único ojo suelta una lágrima sobre su rostro gris.

—Esto es por Ganímedes —dice, y hace vacío contra el sofá ardiente.

.....

—La era del juicio terminó. Pasadas las cuatro, Tritón no era más que explosiones de magma y llamaradas gigantescas por momentos, y una ciudad de luces y nubes de carbono por otro.

—Quebrador no ha llegado con el tiempo.

—¿Necesitas tiempo? Por dos lunas puedo darte lo que necesitas.

—Tenía que estar en un cumpleaños por San Telmo. ¿Cuánto van a retenerme aquí?

—No retengo a nadie amigo. Por un cometa te arreglo la noche.

Bomberos blancos patean la puerta, rápidamente, Crono arroja sus dados sobre la mesa a doscientos cincuenta grados bajo cero, si salen un cinco y un diez, estará de nuevo en Tritón.

—Cuatro y tres, mala suerte.

—Esto es por Ganímedes —Crono ve la capucha, la mascara de chanco, puede ver el ojo al cerrarse en el rojo, su cuerpo hace vacío dejando caer los dados al suelo. El muchacho adicto junto a él intenta ponerse en pie y lanzarse por el balcón, sólo son dos pisos, pero el vacío lo absorbe antes de poder incorporarse de la silla.

Luego los bomberos blancos prenden fuego la habitación.

.....

—Es atreverse a vomitar por vomitar.

—Pero cambiaron las palabras. Las cambiaste. Dijiste otra cosa.

—Y ahora me quedo pensando y no vomito.

—Basta, no hagamos una historia de esto. No la entiendo.

—No se trata de entender, piensas demasiado. Olvidas que ya estas muerto.

Lo que queda se lo guarda en un bolsillo vomitado, parado en medio de la avenida. Le tocan bocina, le gritan, está muerto en la Ciudad de la Luz. Alguien lo va a venir a buscar, lo van a sacar de los autos.

—Sólo tienes que vomitarme.

Ganímedes sonríe, ha comprado el tiempo suficiente; aunque los hongos del almuerzo le digan lo contrario. Y aunque sienta que algo malo sucedió en su mansión la pasada fiesta.

.....

Crono se rasca la barba, está algo desorientado, Neptuno cubre el cielo y lejos brilla el astro rey. Está en Tritón y camina inconscientemente por una carretera desolada.

La ciudad de la Luz ha tenido su última fiesta.

Miro en mi bolsillo, saco los dados, todas sus caras dicen cincuenta.

Ahora recuerdo el momento, cuando el ojo del bombero se puso rojo... al hacer vacío dejé caer los dados al suelo.

—Han de haber salido cinco y diez. Logré escapar del atentado. Ahora estoy en Tritón.

Tritón no arde, puedo ver la Ciudad de la Luz a mis espaldas. Sé que debo apresurarme, si todo va como lo planeado me encontraré con Quebrador en el cruce del río de metano, de allí caminaremos paralelos a las vías del tren turístico abandonado y en un punto se nos unirá Tony, cruzaremos las gélidas estepas tritonianas y le pediremos al viejo Lapsus que nos salte a Marte. Y de allí al sistema solar de Ganímedes, donde nos repartiremos lo que quede del cosmos. Me palpo la chaqueta, tengo unos mil años en cada bolsillo. Suficientes para aguantar el viaje.

Las llamas comienzan a brotar de la carretera. Un estruendo, y montañas lanzan lava y fuego a más de veinte mil metros de altura. El suelo tiembla y se resquebraja como las dimensiones y el tiempo, todo se está fragmentando. Así que tomo unos cien años y me los trago por los ojos, de un golpe cierro los sentidos y pego un salto, comienzo a correr, las montañas se ponen amarillas y Neptuno se sacude en el cielo. Me abalanzo hacia las luces vertiginosas de la ciudad, en la carretera me cruzo con un gran paquidermo mecanizado, repleto de bomberos blancos. Los saludo con el reloj de arena, corro con ventaja, aún no saben que hemos traicionado a Ganímedes, aún no lo descubren. Tan sólo un pequeño salto hacia atrás. Pero todo se está fusionando en el desorden y el caos lineal...

Entonces es cuando estallo en llamas. No grito. Calladamente los siglos se me salen de los trozos de chaqueta que se desprenden en volutas de fuego. Busco los dados en mi pantalón, la avenida se vuelve de lava y el animal mecánico levanta sus patas delanteras lanzando un chillido. El animal y los bomberos blancos se deshacen en espuma rosada sobre las rocas fulgurantes.

Crono lanza los dados.

—5, 10, 50 quebrado.

Ruta, Río, Rieles.

Allí está otra vez: el chico adicto, la mesa, su casa. Alcanza a ver el ojo del bombero blanco al cerrarse, sus dados caen al suelo. Hacen vacío de él.

Y de un cachetazo, nuevamente en la carretera perdida de Tritón.

.....

Ahora frente a mí cruza el río de metano y la carretera desaparece abruptamente. En la otra orilla puedo ver a Quebrador, le grito, pero no parece poder oírme. En realidad, yo tampoco me escucho. Noto también que Quebrador titila de realidades mirando perdidamente el río de metano. Por un momento está ahí, por otro no. Me pregunto si conmigo pasa lo mismo, y me doy cuenta que aún estoy en llamas. Neptuno gira como una licuadora en el espacio fosforescente.

Acaricio mis dados. De nada sirve volver. He caído en un loop de muerte.

Por la ruta detrás de mí se acercan lentamente siete bomberos blancos, llevan en hombros el cuerpo sin vida de Ganímedes Segundo.

La era de los relojes rotos ha terminado.

Mi receptor de comunicación vibra, alguien me llama por cobrar, mientras que, con sus caras de chanco adornadas de plumas negras, los acólitos de Ganímedes recitan lúgubres un canto fúnebre:

Somos imaginación
Somos Galaxia
No tenemos tiempo...
Somos todo sin nada

Aquí te lloramos
En esta dimensión
No nos queda tiempo...
Has muerto

Aquí te lloramos... Somos convergentes...

—Y yo ya te estoy viendo muerto.

.....

«Tananarive, tanatología.

Entre tamujos a orillas del Tana, puedo ver desde aquí Finlandia.

Vuelvo al fin, cadáver en la tanatosala de un tanatorio en Tananarive.

Con el tanate lleno de tanagras auténticas.

He saqueado Tanagra hablando Tamul pera ya un tiempo en México pienso en Finlandia a orillas del Tana».

Desconecto mi conversador cisterna y me abrocho el cinturón. La bala de 180 está pegando en Vitamina.

«He escondido tiempo dentro de las estatuillas de Tanagra, por más que me sobaron no encontraron nada».

—Nombre.

—Quebrador Tamayo de ningún lado, estoy sin documentar y con tiempo escondido.

—Bienvenido a Vitamina.

«Y Vitamina es bien correcta, sí señor que lo es. He estado en otros lugares así. No se puede andar corriendo con tiempo».

Entro al mercado, las personas aplauden a los cabezas de pescado, están haciendo su numerito mortuario a la gorra. Me escurro entre las estanterías hasta llegar al vendedor de estatuillas griegas. Los gemelos regordetes del puesto de al lado, que venden unas figuras en madera tallada bastante deprimentes, me dicen que ha ido a devorar algo al comedor vecinal, así que tengo que esperarlo. Finalmente regresa arrastrándose por la arena y tomando un jugo de soles.

—Vendo estatuillas de Tanagra... de las viajeras... —dice Quebrador.

—... ¿Eres de la banda del tiempo?

—Desde que tengo memoria... —dice Quebrador.

—Ten cuidado entonces, la guardia relativa está aquí, está haciendo preguntas, deteniendo minutos en las esquinas.

—Están en todos lados —dice Quebrador.

—Sí, incluso yo creo ser un guardia relativo, pero no estoy muy seguro, por eso vendo estatuillas griegas.

—Traje tanagras cargadas —le muestra una—. Ganímedes no pudo venir, la cosa está caliente en Tritón —y golpea contra un poste una estatuilla de Tanagra, y se mete veinte años por sus ojos encrespados justo cuando el vendedor le pega una patada en el pecho. Es un guardia relativo de cinco estrellas encubierto que salta rápidamente hacia adelante. Se han comido al vendedor.

Comienzo a correr, me mezclo en la masa, los aplausos me ocultan hasta que me pierdo en una calleja oscura. Se ha hecho de noche y aumenta la humedad. Una tormenta de colores en el cielo de Vitamina. Llego a la tienda de un viejo telépata, mientras escucho los cascos de hierro de la guardia relativa darle la vuelta a la cuadra.

«Terminé el curso de tanatología en la facultad de Tananarive y de ahí directo a Tritón. Entonces conocí a Crono y Ganímedes, que estaban picando tiempo y querían hacer negocios».

—Operador telepático, llame a Tritón por cobrar. Urgente comunicación —le digo, susurrándole en la oreja, y espero la respuesta.

El viejo telépata abre los ojos y gira su cabeza para mirarme. Y dice:

—5, 10, 50 quebrado.

Me descuartizo de forma indolora en cinco pedazos sangrientos al escuchar el mensaje cifrado, aquella tonada de magia negra es la muerte lenta para mí. Una incomprensible serie de traiciones dentro de la banda que puedo ver disolverse por las paredes móviles de la tienda. En las noticias oscilantes de las pantallas adhesivas, el notición escupe contra las cámaras nuestras

capturas y asesinatos. Puedo verme desde ángulos diferentes cubriendo el suelo de rojo y tiempo.

La Guardia Relativa se hace presente en el lugar, junta mis partes frescas con una pala y toma fotografías del cargamento de milenios incautado. De todas formas, les costará reordenar esta basura luminosa como estaba antes. Me trasladan a paso redoblado dentro de un pequeño carrito de supermercado con una rueda loca hasta la tanatosala central de Vitamina. Allí seré incinerado en un horno negro, con cada parte de mí sabiendo que ya arde el planeta Tritón con Ganímedes y los demás dentro de sus calles de azufre.

—La banda está quebrada, somos convergentes sin tiempo de nuevo —me digo, aunque ya estoy muerto en esta línea de tiempo como para lograr escuchar lamento alguno...

El pibe viaja un orgasmo

Llegué a Tanagra con el Sol en lo más alto, emergí de un balde de leche, desnudo y erecto como siempre. Una mujer caderona y de pechos grandes pegó el grito, es cosa común gritar, vengo poco, el viaje es difícil y nadie llega tan erecto como yo. La mujer corre y agarra un cuchillo sujetándose el vestido con la otra mano (la moda aquí es andar con telas sueltas y mucho metal), inmediatamente salto del balde y corro a la ventana apretando las nalgas, a punto de acabar, si eyaculo estoy de vuelta en mi nicho y tengo que dormir tres días seguidos. Atravieso unas telas y corro como puedo por los techos de barro dando saltos bajo el ardiente Sol de un pesado verano sin nubes, un absoluto celeste que se abalanza sobre las callejas vacías; parece que todos andan por ahí con sus armamentos amontonados; preparan la fiesta de sangre, parece que es muy popular aquí. Y yo, yo simplemente me vengo a buscar unas estatuillas porque hay buen mercado, se las estoy vendiendo a un tipo que me va a sacar un pasaje a Marte... y ya saben lo que se dice: «de Marte a cualquier parte»; pero bueno, así es que aprieto las nalgas y me meto en una casita por los techos, ya conozco el camino, y siento que me está viniendo el chorrizo por lo que apuro la caminata un poco más; como siempre, el viejo está dormido y tiene estatuillas en la mesa con las herramientas y todo desordenado y sucio en su cuartucho, me agarro dos que están ahí terminadas esperándome y las aprieto en mis manos. Entonces me imagino que el viejo se levanta, se lava la cara, se pone su tela de vestido, y cuando va a la mesa, ve que tiene esperma sobre el banco y le faltan dos estatuillas, y debe pensar: «Le voy a poner cerrojo a la puerta de la terraza porque la necrópolis de Kakali está cada vez más peligrosa y tengo un loco que se masturba y me roba el trabajo de todo un día». Y así cada vez, yo después de los tres días vuelvo y el viejo siempre está dormido y la puerta entreabierta, y hay dos estatuillas terminadas y siempre la gorda con el metal y el balde de leche.

El flaco que vive en el nicho de al lado me enseñó a viajar con la droga orgasmo, me enseñó, supongo, porque somos buenos conocidos; él viaja, me cuenta, a un nicho muy grande y bonito, y creemos que también es algún Tanagra porque hay mucha tela por todos lados y metal y fuego y piedra blanca con cosas de cobre; entonces camina hasta una cama y ahí está durmiendo una chica de lo más bonita que se despierta cuando mi vecino sube y ella lo ve en la penumbra desnudo y erecto apretando sus nalgas, y el siempre que viaja está intentando despertarla de formas diferentes para ver como reacciona, porque él dice que es siempre la misma noche y todas las veces la penetra sacudiendo la cintura con las nalgas bien tiesas, hasta que las afloja y lanza el licor de perlas tibiecito adentro de ella y de vuelta al nicho y se duerme tres días de corrido. Me contó que una vez la mató a golpes, y que después le costó dormir temiendo no volver a verla... y él se ríe, me dice muy divertido que a lo mejor tiene un pibe en Tanagra, o muchos, en muchos distintos Tanagras.

Yo me quiero ir lejos de este nicho para siempre, a Marte, y de Marte a cualquier parte, porque donde estoy no tiene ni nombre, y me parece que estamos como presos o algo... así es como me siento; pero yo junto las estatuillas y se las doy a este tipo serio que dice llamarse «El Quebrado», y yo, que no tengo nombre, me pongo colorado y le digo que no me llame nada, entonces él me da un pedazo de pasaje y yo lo pego con los demás, cada vez más cerca de irme de este lugar. Pero ahora, ahora es momento del catre, y a dormir tres días. La próxima ida voy a salir del balde y me le voy a tirar encima a la caderona de tetas grandes para tener así un pibe en algún Tanagra como tiene mi amigo del nicho de al lado, que no se quiere ir porque dice que le gusta y se está tranquilo, y a menos que los demonios dientudos salgan de cacería nocturna, te rompan la puerta del nicho y te lleven al subsuelo, todo lo demás es una cosa de lindo paisaje y despreocupaciones. A veces sueño, y creo que me acuerdo que una vez llegué aquí por la gran puerta con las grandes estatuas en los costados, que son como las de Tanagra, pero gigantes de piedra del triple de mi tamaño.

Salgo a dar un paseo: hay unas escaleras de piedra y una pared llena de nichos con portillas de roble, todo verde y piedra, y abajo un sendero de pasto crecido lleno de paja brava para caminar dándole la vuelta a todo el lugar, a cada lado del sendero, las escaleras y los nichos. Cuando clarea el día aparece fruta, vino y sustancias en las escaleras, y cada tanto algunas drogas. Nadie ve quien deja todas esas cosas, y si uno se queda toda la noche espiondo, no

dejan nada y te empieza a dar hambre. Hay bastante gente en los nichos, a la tarde salen todos a pasear pero conozco a unos pocos, dan unas vueltas por las escaleras y los senderos de pasto crecido silbando y pensando en sus cosas; el único que no es de los nichos es ese tal Quebrado, que de repente se lo ve y después ya no, pero está vestido y no parece que esté apretando las nalgas para no salirse, por lo que no creo que viaje como viajamos mi vecino y yo; una vez le pregunté como entraba y salía tan fácil, me dijo que él simplemente camina por ahí con bastante tiempo libre y ve donde termina llevándolo el azar; pero eso me lo dijo porque no me quiere decir como hace para entrar y salir sin un gemido. Yo sé que son los pasajes a Marte su rápido y silencioso vehículo de traslación... ya me está faltando poco para tener uno de esos completo y así poder dejar todo esto.

Duermo los tres días y sueño que estoy en Marte, pero no sé como es, así que estoy en un nicho y afuera es Marte, lleno de estatuillas y metales de colores, estoy desnudo y erecto, pero ya no tengo que apretar las nalgas para no salirme, y puedo ir adonde quiera, pero no conozco ningún lugar del cosmos así que viajo a un nicho bien grande y tras la puerta está un lugar gigante que nunca conocí lleno de fuego y metal.

Y me sacudo los ojos, y ya han pasado tres días, y sé que me quiero ir lejos, por lo que mastico bien rápido las manzanas y las peras, unos tragos de vino y me pongo a hacer el ritual para acabar en Tanagra: Me tomo dos cápsulas rojas para sueño húmedo con unos buenos tragos de vino, me tiro desnudo en el suelo como una tortuga dada vuelta y me meto por el culo seis pelotas de orgasmo, de las que se deshacen y sólo se necesita una para vibrar de placer (la onda es meterse seis y clavar sobredosis de orgasmo), entonces empieza a trabajar la cosa y uno lo siente en los huevos y se pone el gusano de carne como un monolito macizo, bien tieso ahí, en ese punto, me arrastro como puedo y meto por completo la cabeza en un balde lleno de agua fría sacando todo el aire de los pulmones, y ahí es cuando salgo de la leche desnudo y duro en Tanagra, la tetona grita, y esta vez le voy a poner mano a ese buen par de tetas suyas. Le salto encima, me agarro de su caderota juntando mi cuerpo con el de ella, mi erección se aprieta en la tela suelta y esas tetas tan grandes, y los gritos que no entiendo mientras se mueve hacia atrás y me cuesta tenerla quieta, así que me lleva abrazado con las nalgas ardiendo y yo, con una mano, le intento levantar la tela para empezar de parado con el entra y sale porque ya lo veo venir y me duelen las nalgas de tanto apretar.

Entonces siento el pinchazo del metal filoso en el costado, y miro los pollos en la mesa con las cabezas cortadas, la sangre y las plumas por todos lados y el metal bien adentro mío... porque al final el que penetra en el forcejeo es ella a mí y no yo a ella, y es gracioso, porque aflojo las nalgas y lanzo el chorrizo contra la tela y siento que se me sueltan las tripas y caigo muy oscuro en el frío; me voy acordando de algo parecido mientras abro los ojos y veo que estoy en un gran nicho con una gran puerta de madera, me paro, y creo que ya estuve varias veces en sueños o cosas así, miro las estatuas de mujeres caderonas de piedra a los costados como cuidando una gran puerta doble, nada más la puerta y las dos estatuas en el salón de mármol; me agarro la cabeza, me duele, estoy tan cansado... el sueño me llama.

Necesito dormir.

Me recuesto en el suelo, mañana veré que hay detrás de esas grandes puertas; aunque creo haberlas soñado alguna vez... en algún otro tiempo...

Atrapado en el rojo

Arriba paso a salto en la mañana picada, zapatillas barrosas de humedad rancia quemándose con alcohol al Sol Infierno tres mil seiscientos metros más cerca de tu piel rota y sangrante.

Bajando como cayendo rápido, es empinado aquí, y los alcoholes tirados a la sombra en sus botellas de agua fuego te ven calcinarte la espalda lentamente.

Botellas vacías, dinero hecho cenizas, lo tienes perdido en tus bolsillos famélicos. Ésta es la decadencia de tu buena vida...

Cuánto ya, cuánto que lamentas no haberte bajado en Venus en lugar de aquí carbonizando tus horas sobrias.

Levanta esa piel tostada y mira al cielo que te quema los ojos contra el desierto rojo, el sol se tatúa en tu cabeza y sobrecalienta las caras de la montaña. Ésa es la manera de subir, de alcanzar algo... lo único que queda.

Viejo vapor sale de tu boca tambaleante, tu lengua, que alguna vez supo gritarnos tus penas en los viejos planetas, se contrae de calor y ardientes frases atrapadas en su memoria.

Encuentras una sombra, la llenas, te deshaces en sus recovecos templados lamiendo las últimas gotas de la noche en una botella.

No se está tan mal aquí, piensas, quieres pensar, porque ya quemaron todas las naves y no puedes irte.

Por más que subas las montañas.

Por más que lo ambiciones.

Por más que lo intentes cada atardecer, sólo te alejas unos centímetros del fuego para volver a caer más rojo y profundo cada vez.

Solamente quería llevarme la droga al teatro

—Dicen que la obra es una mixtura entre leyenda, ilusión óptica y gas letal. Todos en la primer función terminaron muertos exceptuando un crítico que se levantó para ir de urgencia al baño, al volver a la sala encontró los cuerpos convulsionando en sus respectivas butacas... incluida su esposa. Se sentó aplaudiendo hasta donde le dejaba el colapso de su sistema nervioso, pero el gas ya se había disipado y el telón rojo cubría el escenario. Se perdió el final, sólo vomitó su cena chatarra y sufrió algunos dolores de estómago y de cabeza.

—... ¿Y qué dijo de la obra?

—Dijo: «Una inesperada muerte que no pude disfrutar en persona. Ideal para verla en pareja o con la familia completa». Yo, por mi parte, me encontré dos boletos para la segunda función de este sábado, y bueno, si querés, no sé... podríamos ir juntos.

—... ¿Me está invitando a salir?

—Bueno, digamos que sí, es en el teatro comunitario de Villa Pastilla, dicen que será la última función en Vitamina y después salen de gira por Tritón.

—Me suena a marcha romántica... ¿Qué espera de mí? La gente hace la cola detrás suyo para recibir su condenada infusión social.

El joven mira detrás, nada, sólo se balancea el viejo José Tungsteno, saturado de vapores químicos que guarda en una lata y husmea cada tanto, es un vecino suyo, tiene su caja de cartón contra la alambrada del 314 y la colectora. Acurrucado allí, sobre los banquitos de la sala de espera, observa con su cara magnética un monitor que transmite las medidas de los cúmulos siderales en kiloparsecs. Corrida de soles en el cosmódromo, y los viejos del barrio apuestan sus migas por las súpernovas prometedoras.

El chico sonríe, la mira a los ojos con la ampolla estrujada en su mano violácea, acerca la cara al vidrio para poder hablar por el agujero.

—Tu tarea es mantener con vida a los adictos descartados con las drogas gratuitas que te suministra el Estado blando, pero yo no necesito está ro a —mete los dedos por el agujero y suelta la ampolla sobre el escritorio—, mi abstinencia surge cuando no puedo verte.

—... Es mi primer día, las expendedoras rotan de sucursales, jams nos habíamos visto...

—No, no me esquives —pega la cara contra la ventanilla con las palmas abiertas, la muchacha parece sentirse algo incomoda—.  Ves a aquel viejo tirado sobre las sillas? Yo no quiero terminar así, caer a la trituradora, intento no respirar demasiado el aire nocivo de Vitamina. Sabes... estoy escribiendo un libro, escribo la historia de tu vida, pero por ahora estoy invent ndola toda. Vos tenés que ayudarme, ayúdame a terminar bien mi puto libro.

—... Uff... Está bien, voy con vos a esa fiesta.

—No es una fiesta, es una obra de teatro donde el público muere al caer el telón.

—S , s , lo que sea, por favor ya no hables de amor. El sábado salgo a las siete.

—Pero... la obra termina a esa hora.

—Una lástima, este cubículo no abre su compuerta hasta que se termina mi turno; a pesar de los universales problemas temporales y la alocada rotación de los planetas, el Estado Blando es inflexible con los horarios de sus empleadas distribuidoras de drogas infrasociales.

—...  Est s encerrada ahí dentro?

—Podría decirse... es por mi propia seguridad, nadie entra o sale hasta que llega personal represivo a desalojar la sala. Es a causa de los posibles adictos violentos.

— Violentos?  Hay adictos violentos? Suena peligroso. Esper , esper  que yo te saco —el muchacho se arremanga la campera gastada y retrocede unos metros para tomar carrera, se lanza contra el cristal con una patada voladora que impacta de lleno, pero rebota y cae al suelo—. Uff... parece que

es uno de esos vidrios a prueba de apasionados... esperame eh, que estas mierdas reforzadas no son invencibles —agarra una silla y comienza a darle golpes y más golpes.

Una sirena de luz azul junto al cubículo inunda de sonido la sala, se derrama por las escaleras de salida pidiendo auxilio. El viejo Tungsteno salta de su cama improvisada y grita arrojando su lata de gases contra la alarma.

—¡Carajo! ¡Eso compañero! ¡Vamos a por todos los putos ácidos! —se sube a una maceta y arranca de los soportes el monitor con sus noticias cósmicas, torpemente corre con sus pantalones cagados y lo lanza contra el vidrio, rajándolo a la mitad.

La sirena ahoga sus gritos, la expendedora se ha escondido bajo su escritorio. El muchacho deja la silla e intenta una nueva patada, vuelan trozos de cristal, la pierna derecha atraviesa la zona prohibida y un tendón de su pantorrilla se engancha en el marco filoso, sangre negruzca brota de sus venas rotas y chorrea las planillas y las ampollas psicoactivas.

Gigantes orates de azul con sus fierros en la mano salen por las escaleras y el elevador, sin ningún grito de advertencia que arruine la sorpresa, disparan sus armas contra la espalda del anciano que levanta los puños triunfalmente. Sus huesos añejos y su carne reseca se desparraman sobre las revistas pornográficas de la mesita ratona.

Cinco disparos, y una esquirla le atraviesa el hombro al chico antes de poder meterse por el vidrio roto dentro del cubículo, ampollas y pastillas caen sobre él. La expendedora yace hecha un bollo detrás de unas cajas rojas, mira de soslayo la sonrisa del muchacho que se acurruca a su lado.

—Bonito lugar, acogedor con todas estas cajas rojas. Sabes, quedarnos aquí está empezando a sonarme mejor que lo de ir al teatro. Este agujero humeante en mi hombro está bastante caliente como para sacarlo a pasear en verano. Creo que voy a tomar algunas de estas drogas del suelo si no te molesta.

Pasan unos minutos, la sirena detiene su grito agudo.

Los orates de azul están haciendo la psicológica calmando el tiempo, ejercitan así algunos ítems de su nuevo manual del pánico: roncos ladridos por el hueco del elevador, las lámparas se apagan, parecen iluminar

tenuamente el cubículo con un reflector desde las escaleras. Silencio. Un ambiente bastante lúgubre al que le soplan polvos de paranoia.

—¿Lo escuchás con sus gruñidos de mastín? Tu superpadre está escaneando oscuramente la sala, considera si soy un buen partido para su heroína. SÍ. Huele mi sangre, pero ya habrá visto que yo doy todo. Que doy mi vida por un momento con vos.

Le aparta el pelo de la cara, ella sacude la cabeza y se limpia las lágrimas de los ojos.

—Oh, por favor, nada de papá o de matrimonio, NO hasta las siete ES NO hasta las siete. Sólo tenías que esperar a que saliera como salgo cada día... hasta hoy. No necesitaba ser salvada por ningún adicto pobre con visiones de enamorado. ¿Me oís? No necesito tu AMOR descartable.

—... ¿Descartable?... En mi libro sos mucho más simpática.

—Te equivocaste de expendedora.

—... Bueno, puede ser, estoy viendo algo borroso últimamente.

Las lámparas de la sala vuelven a encenderse, ambos juntan sus labios en un beso, un largo beso que se extiende en el espacio de los dos por un instante.

—Bueno bueno, eso fue bastante bueno, sí, mejor que lo de ir al teatro —le acaricia suavemente las mejillas—. Además, ya sabemos como termina la obra.

Una pequeña granada cae a sus pies, silenciosa y redonda, su lucecita verde parpadea hasta volverse amarilla.

—Todos muertos, telón rojo sobre el escenario.

Lunes de Marte a Vitamina

Tony Minerva bajó del micro-cohete a diez mil metros de altura.

Antes de saltar le rompió el cuello a la azafata y luego la violó en el baño. No la desmembró porque intentaba hacer buena letra.

Desde las pequeñas transparencias de la nave, los traslativos atisbaban a Tony atravesando capas de polvo anaranjado con una sonrisa en su rostro furioso.

—Le rompió el cuello a la azafata y luego la violó en el baño.

—No la desmembró porque intentaba hacer buena letra...

Se arrojó del micro-cohete a diez mil metros sobre el nivel de la arena naranja, pegó de panza contra la cara caída de Marte, sonriendo, furiosamente cargado de adrenalina. Se quedó allí tendido entre los labios de piedra, fumando su último y letal cigarrillo negruzco. Contemplando los nuevos alrededores con sus hinchadas venas latiéndole en la frente.

—Que calor de mierda, todo naranja y piedra —dice Tony, escupiendo el cigarrillo antes de acabarlo.

—Así es esta bola Marciana, amigo, son los restos del primer mundo que tuvo esta novelita cósmica... todo este polvo ardiente que ves.

Tony mira de reojo al flacuchento de anteojos gruesos, con bermudas, musculosa, y sandalias gastadas, se encontraba sentado en una mejilla muy próxima. Al tocar tierra no se había percatado de esa desagradable presencia observándolo a escasos metros.

—En un orificio de la nariz, allí detrás de ti, hay un tumi que te cuenta toda la historia a la manera marciana a cambio de algunas aleaciones. Vende unas caras en miniatura hechas de barro rojo muy buenas, aunque creo que el último en comprarle una fui yo hace cinco años, de todas formas no le

importa porque ese tumi lleva tres años muerto. Aún así es muy simpático, y te muestra cosas viejo, uuuuooooo viejo, que cosas te muestra ese tumi muerto. Primera vez en Marte... ¿verdad que sí?... Mira, allá a lo lejos se ven las pirámides perdidas, ahora están algo ocultas detrás de una tormenta de arena, pero por las noches largas de luna se ven las luces del antiguo templo Mavorte. Todo muy fantasmal, viejo.

Tony rebuzna y se acomoda la pechera. Con los dedos gordos de su pie hurga los dientes de piedra de la cara de Marte. Se siente desilusionado, Marte resulta igual de mierda que Belfast y toda la linda Irlanda, las palabras incesantes del flacuchento estropajo de anteojos se le escurren por sus pensamientos infectos. No esperaba gente tan adherente en Marte.

—Ese tumi y yo hemos estado yendo de paseo, sabes, los tumis pueden transportarte con la cabeza a unos lugares fantásticos. ¿Oíste hablar del gigante de Marte? Pues esta cara caída en la arena donde estamos tirados, viejo, era la del gigante hasta que se le cayó, el cuerpo se volvió arena naranja, viejo. ¿Vaya historia eh?... Pero el tumi te la cuenta mucho mejor, te puede hacer ver las cosas en tu cabeza, así se comunican aquí, incluso los tumis muertos como el que está en la nariz. Hace ya unos diez millones de años que se impuso la onda fantasma en Marte, las cosas antiguas aparecen de noche, muy turístico por un tiempo, pero el planeta se está llenando de desechos y ahora todo está saturado de antros con gentes que dejan sus planetuchos y hacen cosas raras.

Tony eructa, se rasca compulsivamente hasta calmar la comezón que siente en la cavidad donde antes habitaba su ojo izquierdo.

—Que ojo grande y verde el tuyo, viejo, parece un agujero negro... nada más que el tuyo es verde. Me recuerdas a alguien que conocí una vez, desaparecía cosas con la mirada y después no las encontrabas por ninguna parte. A ver si adivino... eres de la Tierra... ¿Verdad?... ¿Por qué época andabas?... Me dijeron que está poniéndose difícil encontrarle el presente, un problema si te gusta la estática; pero en todos lados se está degenerando la cosa así, viejo. ¿Te gustan las niñas?

Tony parpadea, su ojo derecho está lagrimeando verde y radioactivo. El flaco de anteojos sigue hablando, y hablando, y hablando. Hablando y hablando. La caída libre le ha quebrado a Tony la espina dorsal, y se siente algo cansado, el sol ultravioleta lo está cocinando lentamente, las palabras le

entran por las orejas y le chorrean por las axilas. Su mente podrida se pierde en los recuerdos de la azafata con las piernas calientes y la vagina reseca.

—Debería haberla desmembrado.

—Bueno, viejo, yo no llego a desmembrarlas, no me gustan esas cosas rojas y jugosas que tenemos todos adentro, pero tengo también mis rarezas sabes, digamos que me gusta conocerlas bien a fondo. Son mi debilidad viejo, y las mejores son las niñas de Tritón, son calientes de verdad, sabes, allá hay buena acción en la ciudad de luz, es en donde más me mantengo estático. ¿Te quedas aquí? Yo soy un traslativo compulsivo, sabes, de planeta en planeta. Ahora estoy trabajando para unos tipos que están haciendo negocios con el tiempo, yo los llevo a donde tengan que ir. Soy como el chofer de la banda, sabes; eso sí, siempre que puedo me vengo aquí a la cara de Marte a extrapolar con el tumi de la nariz. Extrapolar es lo mejor, viejo. Yo doy saltos en el espacio para todos lados, pero lo de viajar con la cabeza es lo mejor que conozco. Además es una cosa totalmente diferente. Ese tumi revienta destellos y unas mierdas increíbles, viejo, si quieres podemos despertarlo.

De un orificio de la nariz, un pequeño muñeco, como de goma azul, sale dando unos diminutos pasos con sus cortas piernas. Se queda de pie, con su cara plástica inexpresiva frente al cuerpo de Tony, que yace sobre la boca de piedra roja delante de su nariz.

—¡Eh! ¡Mi amigo marciano ha salido de su madriguera, justo hablábamos de ti, monigote! Mira lo que cayó del cielo mientras descansabas, dice que es su primera vez en Marte.

El flacucho se pone de pie, se acerca a Tony con su mano derecha extendida hacia delante con la palma abierta, buscando el saludo.

Mi nombre es Lapsus-4, hola Tony, te estábamos esperando. Estoy aquí para saltarte a Vitamina.

Tony mira la sonrisa, estira su mano derecha y aferra la palma, tomando impulso se pone de pie rápidamente, Lapsus-4 está a punto de caer al ser sorprendido por el tirón pero logra mantenerse en dos piernas y lo ayuda a levantarse. Tony saca de un bolsillo una navaja arrítmica de calor, la clava hasta el fondo en el vientre del flacucho destartado y empuja hacia un costado el filo, rajando en sangre el estomago que se abre negruzco.

—Llévame a tus intestinos, amigo, quiero verlos brillar —suelta la mano de Lapsus-4 y mete las suyas en lo profundo del estomago rajado, los dos cuerpos caen al suelo. Tony se queja, aún sufre en los huesos la caída marciana.

La boca de piedra se llena con sangre negra que desliza a la arena por sus comisuras. El Tumi observa la movida desde el umbral de su nariz. Es la tercera vez que matan a Lapsus-4 en su cara de Marte.

Con el brillo encendido de su ojo verde, mete los brazos en la herida y mira al Tumi dejando escapar una sonrisa.

—Cuida tu mierda, amigo azul.

Dicho esto, mete la cabeza en el estomago abierto de Lapsus-4 —Buen viaje—, piensa Tony que dice el Tumi, y desaparece en el cuerpo que se convulsiona sobre los labios de Marte.

Y el viaje es corto y pegajoso, todo caliente y rojo, sale nadando por un riacho verde que lo lleva en su fétido caudal, puede ver las luces de una ciudad. Sale arrastrándose, el aire huele agrio y se sienta sobre un caballo muerto a esperar no sabe bien qué, pero siente la espalda a fuego crujiente y cree no poder caminar por un rato. Junto a él hay un cartel tirado, lee:

CUIDADO, BIENVENIDO A VITAMINA:

Trate de no respirar profundo sin filtro.

Atmósfera-dependencia y alucinaciones.

CUIDADO, BIENVENIDO A VITAMINA.

Escupe un moco amarillento contra el aviso y le pega a una E.

—Vitamina. Este lugar parece una porquería más sucia que todas las mierdas de Belfast juntas —dice Tony, y se recuesta boca arriba sobre el caballo muerto, a contemplar la gran bola azul que cubre el espacio.

—Mañana armaré mi banda y todos conocerán a Tony en este chiquero —se duerme pensando en mutilaciones, en porqué no mató a esa porquería azul de Marte. Ya estaba muerta, que gracia tiene asesinar lo que ya mató el tiempo.

—Aprenderás a tomarle el gusto a eso aquí, esta piedra tóxica necesitaba un sicario tanto como una nueva droga —musita putrefacto el caballo muerto, chorreando gusanos y pus por sus enormes fosas nasales.

Multipase de mala vida

Fitsotinde oire deus no banca andate mei non parte de suas pestes. De sastres andamios, duartes de pestilencias no causativas porque él bajaba la montaña, porque él subía el riesgo de todos los que iban en sus bolsillos con cierre relámpago. Nadie respira porque no tienen aire debajo de las costuras deshechas sin parches que salven de los tóxicos adictivos que dan asma y te dejan de cama. Agua de metal beben en estos lados y nadie ríe demasiado con las orejas tan tapadas de nafta usada. Deja la cara en la silla y enciende la podadora de viejos con el tractor a reacción lleno de polvillo desastre non pestes diestras y sin gustos por cuantos clavos enganchados en el camino de pasada por el trabajo que tan harto le tiene sin pensar. Dos horas dormido maneja Justiniano Changanife hasta que llega a la culminación de la constructora de caminos y se revuelca con todo el aparato por una vertiente de obreros que abajo tienen la zona de follaje estéril en repliegue directo que disuelven, arrancan, queman y levantan para poner un torreón de cristal lleno de corbatines perfumados que se anudan unos a otros intentando llegar al tope para así dejar escapar al mejor nudo a la cima. Hacia las pomposas nubes blancas de las ganancias.

Justiniano se acerca sigiloso a la bolsa grasienta de riquezas que sólo escupe de a quincenas dos pequeños garzos de oro para pegarle en los ojos y que vuelva a tientas a su casilla de chapa que en verano calcina y en invierno se vuelve de hielo hierro para todos sus bastardillos de mocos duros, más largos que sus pelos enrulados donde proliferan insectos y larvas que después terminan enfermando y llenando el calvario arroyo arriba. Allí a la derecha están los pequeños cadáveres, cruzando el pasillito de matasanos y cubremojones. Y Justiniano se saca la cara y la estruja con las manos de guantes rotos con cables pelados y dice que non jataraku sin timoneda mas sunta pela del diablo set para poder buscar el remedio que necesita su mujer, que tiene la barriga hinchada y guarda cinco chicos en lista de espera para salir porque no los puede alimentar. Entonces los nonatos le comen por dentro

los órganos uno por uno y ya casi está sin pulmones y respira por un sifón con las tetas para adentro para que le tomen la leche rancia que le cae a cuentagotas y necesita un sifón nuevo.

Y el capataz desganadamente abre su boca pastosa y suelta su respuesta de siempre:

—Parta un rayo, rompa, abra los escapes y cante los cuatro mandos, deje rehogar su frustración en ducha caliente de aceite negro (de ese que viaja a la capital para que lo limpien y lo vendan de nuevo en *pack* familiar), cierre la llama y apague el dispersor hasta que no entre más gas al tanque checo que lo vi usando el último franco. No puede venir al sector de maniobras sin muestras de orina en el casco sobre las canas de radiaciones y sus tarjetas coaguladas. Venga otra fecha y vuelva a su mala vida. Que todos piden buenas, y yo las entrego si quiero.

Y nunca quiero, y menos si me las piden.

—Partas un rayo tú, ¡fitsotinde de mengo!, ya tengo todo lo que no puedo tener en la punta de la lengua. ¡Me rajo al fondo del basural! ¡Qué quieren de nosotros si no nos dan nada que nos puedan quitar! —Furioso, arroja su cara al suelo y sale sin su identificación a la colectora del siete-veinte porque su podadora es de la empresa y no puede llevarse ni siquiera el uniforme así que llega desnudo a la parada y se caga de los nervios esperando en el banco. Cuando llega el diferencial no tiene con que moneda subir, y un ratón que se le aparece caminando despacio por la ciclovía le presta su multipase y suben juntos, con ese ratoncillo pillo escondido en los pliegues de su grasiento estómago... el animalito allí metido parece los pelos de un ombligo muy deforme y enfermo. El guarda no descubre nada, casi no mira el multipase que brilla falsamente en la mano de Justiniano Changerife. No es más que otra mentira acostumbrada.

—Estamos acostumbrados a usted. Suba y baje —dice el colector de trasladados que se le duermen todo el camino por la carretera agujereada de tantos pinchazos que se da el asfalto con metabrea.

La caja de dos pisos zigzaguea pasadas las horas que ya son poca cosa, y Justiniano deja escapar al ratoncillo de su ombligo que empieza a hablar dormido: «... viajando por el micro-mundo sin más pertenencias que estos pelos sucios y un múltipase para ver si me dejan subir a una bala para salir de

acá para otra parte, y ver que tanto deus mente prima en esta pocilga que cuesta entender por qué tanta cosa para nada...».

El cartelón eléctrico en las espaldas del colector lanza letras de neón a las calles abandonadas de un pueblo que se quedó sin puntero y sólo viven viejos inmóviles que sacan la cabeza por el inodoro y realizan paseos submarinos para pasar el rato. «*Vitamina número uno en retención de gases y mantenimiento de mantenidos*», chasquea el cartelón y... «*Vote Ernesto Honesto, es tiempo de cambiar*».

—Vamos a la plataforma de aerosalto juntos. Me meto en tus pliegues como antes, vamos a intentarlo y te vienes conmigo de viaje lejos de esta porquería.

—Mi familia está para el otro lado, ratoncito —contesta Justiniano.

—Tu familia caga mierda verde y no van a saltar más alto en está verruga por más que estés o no estés para pasarles tus miserables migas de arroz.

—Son mi mierda, peludo. Mis migas son lo único que reciben sus labios resecos. Ya me lo pensé mejor, voy a volver por la noche al zanjón a buscar mi cara amargada y quedarme a terminar mi parte en el negocio de la constructora. Y que me escupan lo que me quieran escupir cuando quieran escupirme. No puedo dejar sin mis migas a los borregos que vi nacer y a los que todavía no nacen.

—Puf, me haces sentir más rata de lo que ya soy. Porque mi forma es un tanto ilusoria, en realidad soy tan sólo una idea persistente. Una idea de liberación de cola larga y orejas redondas.

—Pues no la mía, laucha. La mía está aquí —se mete elásticamente la mano en la boca hasta la muñeca, hace fuerza hasta sacar un pequeño molusco que llora apagadamente—, nunca pudo caminar; pero esta mañana creo que se apoderó por unos momentos de mí.

El ratoncillo se come en dos partes el molusco de la palma de la mano de Justiniano, que nada hace para impedirlo, poco le importa esa pequeña porquería que le ha hecho perderse en su mala vida. La colectora frena de un sacudón, la sirena de bajada general suena por los asientos grasos y el ratoncillo pillo se lanza sigiloso por la ventanilla. Una línea blanca en la carretera marca la salida de Zona Flácida a Ciudad Carbón. Inspectores de ideas y calificadores de errores graves traquetean con sus palos de dolor el

suelo cubierto de restos de bebé, entre carteles junto a la barrera de paso que dicen: «**Todo en orden si tus papeles huelen bien**», y más allá, en la carretera, titilan otros más grandes y luminosos: «Bienvenidos a Ciudad Carbón, la Capital del placer en gotas», «**COMPRE HOY SU PLACER EN GOTAS**», «Muerte a los opresores externos del libre control, **TE CONOCEMOS**».

La colectora arranca su regreso y desaparece en el polvo de sus ruedas, Justiniano no ha bajado, acurrucado en su asiento, ve al ratoncillo metiéndose sigilosamente por un costado de la barricada. Parece que no le ha tenido confianza a su múltipase falso, no es una copia lo suficientemente buena como para mostrársela a los opresores del desdoblamiento, piensa a su vez el ratoncillo, mientras roe enérgicamente la alambrada que lo separa de la carretera a Ciudad Carbón; gritos desgarradores brotan desde la barrera baja, los inspectores están pulverizando a una joven religiosa... es la distracción que necesita para no ser descubierto. Sobre la alambrada que desgasta con sus dientes, cuelga un gigantesco cartel fosforescente, dice:

«**TU LIBERTAD** *de hacer lo que quieras*
TERMINA...
... cuando nuestra libertad de hacer
lo que queramos lo dispone»

Estas listo, Calisto

«Ésta es la distracción que necesito para que no piensen en mí por un buen rato», pienso, y comienzo a cambiarme de atuendo para parecer un vendedor ambulante de carbohidratos. Me arrastro por debajo de la alambrada y atravieso la ligustrina empujando sus ramas secas. Al salir del otro lado me sorprende una bajada abrupta que me hace caer de rodillas dentro de una acequia por la que discurren desechos químicos. Un líquido color ladrillo que humea y huele a pasta de dientes empapa mis pantalones y siento un calor ácido en los huesos y las fosas nasales. Logro salir de la zanja dificultosamente. En la orilla lo contemplo todo, el nuevo panorama no es demasiado alentador: un basural apisonado cubre el horizonte, tubos de emanación de gases salen cada varios metros. Son como periscopios de submarinos en llamas dentro de un océano de desperdicios.

Alguien me observa a pocos metros de distancia...

El pibe está sentado sobre un tubo de gas reventado, está fumando cosita en lata y tiene una erupción bastante fea en todo el cuerpo, junto a él hay una pelota desinflada y un perro sarnoso echado entre cajones de fruta podrida, el repelente animal mordisquea su miembro rojizo dándole unos lengüetazos intermitentes. Al escuchar crujir la basura bajo mis zapatos de cuero, se agazapa y gruñe hoscamente.

Me pregunto si el muchacho tendrá alguna mala intención escondida, pero a juzgar por su expresión facial altamente despreocupada, parece bastante común por aquí ver a alguien de saco y corbata emanando vapor blanco de los pantalones y saliendo, así como así, de la zanja de efluentes de la inmensa Quimiominera Inc.

—¿De qué te estás escapando esta vez corbata? —dice el muchacho, mostrando una desmesurada mueca guasona.

—¿Esta vez?

—Sí, eh. ¿Qué hay del otro lado esta vez?

—¿No sabés lo que hay? —Miro detrás de mí, la medianera cubierta de frondosa maleza por la que he salido es de más de seis metros de altura, me doy cuenta que yo hasta ese presente no sabía lo que encontraría del otro lado tampoco—. Es sólo otro basural; pero de plásticos, cables, tubos, plasmas, plaquetas, memorias, consolas. Pura chatarra electrónica.

—Un basural chip, eh —le da una profunda bocanada a su lata—... seguro que sí. La primer vez que viniste, corbata, allá era una supercárcel que te la estabas escapando porqué eras inocente y no sé que más cuento de libertad. Te fuiste corriendo para donde salen las ultravioletas por la mañana, por esa zona desértica que no tiene nada de interesante. Esa vez me dejaste un cachorrito. Después, la segunda que saliste por ahí, me contaste que el otro lado era todo de fuego, que la gente tenía cuernos y colmillos y que a vos te querían cortar el cuello unos fanáticos de algo religioso... ésa no me la creí mucho, corbata, media volada la historieta. Esa vez me dejaste una pelota y te fuiste para la ciudad por el camino de la defecadora. ¿De qué te escapás ésta vez, corbata? ¿Qué me trajiste para esta navidad?

—No, muchacho, te estás confundiendo de persona. Ésta es la primera vez que paso por acá —echo una mirada hacia atrás, hacia la medianera—. A mí me busca la relativa por tráfico de tiempo, del otro lado hay un basural como éste pero de máquinas obsoletas, nada más. Me vengo escapando desde Villa Pastilla del pegamento. Busco una ciudad donde saltar fuera de este planetoide porque ya me tienen marcado. Necesito llegar a Tritón antes de que todo esto estalle.

—¿De Villa Pastilla eh? ¿A Tritón eh?... Un poco lejos; pero claro, sí sos de la banda de tiempo, síeh, cómo que no... —Le da una bocanada a su lata y se pone de pie, acercándose a mí—. Mirá, corbata, yo quiero que mires el perro y la pelota un poquito, está todo sarnoso el perro, medio que ya se muere, ¿ves?, mírale los huesitos todos salidos. Y la pelota ya se me pincho cinco veces, corbata, ya no la puedo remendar más, fijate como está, toda descosida —el perro ladra—. Eh. Claro que sí. Yo quería saber si esta vez no me podes dejar unos billetes de verdad. Así yo me administro el regalo bien bien. Eh.

—...

Y ahí, en el momento en que me pongo a buscar en la ropa algo para darle que no sea el poco tiempo que me queda en mi bolsillo secreto, el chico da un salto, pateo al perro, y agarra la pelota subiéndose a velocidad supersónica a una bicicleta oculta bajo unos diarios deportivos detrás del tubo de gas, «aparentemente yo no le traje esa bicicleta», se me ocurre pensar, mientras lo veo alejarse increíblemente rápido, echando humo de su lata oxidada. Ha dejado un reguero de baba cerebral sobre las bolsas reventadas y el tubo de gas, ¿por qué tanto apuro de repente? Entonces escucho las voces metálicas que vienen de la medianera, las ramas sacudiéndose, y entiendo por qué la reacción del chico y reacciono ante el aullido del buscador portátil que me lanza su punto rojo en medio de los ojos cuando giro a mirar detrás mío. Clack. Comienzo a correr, intento abrir el cierre de mi bolsillo secreto, el disparo falla y necesito tiempo.

Todo el que pueda tragarme en movimiento continuo.

A lo lejos, entre el asfixiante vapor del basural, veo las luces de la ciudad encenderse, otro disparo golpea contra un caño de escape muy cerca de mis piernas. Allá, entre las luces y las torres negras, una estrella fugaz asciende al cielo boreal, «es una bala saltando de Vitamina al resto de todo, debo llegar al próximo salto», me digo, mientras trago por mis ojos nerviosos más de setenta años y algunos días se me escurren por los costados, cayendo sobre los desperdicios.

El tercer disparo me pega de lleno en un brazo y me tuerzo cómicamente sin dejar de correr, con el espacio en la curva del cincuenta, el tiempo se diluye en mis conexiones de pensamiento y zigzagueo en la descendente por entre cuadros desdibujados de mi pasado inmediato.

Cierra bien esa puerta...

«Pisco Arbait tiene la carga. 55-10 en barrio Brea, block N.º 1, PUNTUAL».

Andrés repasa el espejito por quinta vez, «... 5510 Pisco PUNTUAL...», el número escrito con lápiz labial es el mismo que cuelga de la puerta blindada cubierta con esténciles de posiciones sexuales, 55 del lote 10 por Barrio Brea, le ha costado bastante encontrarlo con tantas cortadas y diagonales rotas sin el nombre ni el número pegado. Mira la calle, la tormenta cerniéndose densa y grasosa sobre las casonas desvencijadas, más allá de la esquina está el río verde, sólo puede ver la bruma que cubre el horizonte y el vapor putrefacto del alcantarillado que se pega a las paredes. Gritos de violación diez calles abajo llevados por remolinos de viento van congelando su nariz de payaso y siente el frío descender por sus tobillos desnudos. Tirita en un gemido escalofriante y apoya un hombro contra la puerta despintada. El portero eléctrico carraspea como una radio vieja, tiene tres agujeros y dos timbres oxidados, uno de ellos es el «1» que busca, «... Block N.º 1, PUNTUAL...», lo aprieta firmemente con el dedo gordo mientras golpetea la pared, mueve los pies, trompetea con los labios y saca su reloj de bolsillo inclinándose hacia la luz de la calle que parpadea con zumbidos de moscardón, enciende el tictac, las manecillas y los números sumerios giran rápidamente en direcciones opuestas, no pueden ser más de las veinticinco, quiere creer, aunque le cuesta discernir la duración del desplazamiento, siente la impaciencia de su ansiedad llenándole los pulmones como alquitrán hirviente. Vuelve a tocar el timbre. Riiiiin.

Esta mañana ha vendido todo su tiempo libre y a un muy buen precio en el mercado gris. Dinero rápido, sí, pero está sintiendo los efectos depresivos en su temporizador y no puede dejar de pensar que ha hecho las cosas sin hacerlas pensando, «... me aceleré en gastar mi escaso tiempo por este trabajo, siempre hago lo mismo, tendría que haber pagado cuando lo tuviese encima, ni lo conocía al tipo ése, seguro me vio la cara de payaso y me

estafó; pero, maldito vicio, llevo varias vidas amargas sin conseguir uno bueno, uno de esos trabajos alucinógenos que te clavan la sensación de ser un tipo importante.

Que payaso bosta, me impaciento en el frío y ya vendí mi tiempo. Es que tengo tantas ganas. Sí, soy un gordito adicto a algo discontinuado, aunque sé que esta mierda en otras partes se sigue produciendo con sello de calidad, acá reparten las porquerías, eso lo sé, deslizadores de psico-distribución del quinto anillo guardan los mejores trabajos para estrellas más valiosas, aunque alguno que otro llega a caer a la zona puesta, sí, y hay que estar bien despierto, porque se vuela rápido. No soy el único payaso que se quedó enganchado a la vieja semilla...».

Resopla, toca el timbre y golpea la puerta, se quita los guantes y toca nuevamente el timbre con un poco más de violencia, «Puede estar roto». Riiiiiiiiiiiiiiiiiiiiing.

La oscura calle sin salida, vagamente iluminada por el farol parpadeante, se cubre de luz rosada antes de cada trueno carrasposo, «... *Putra madre, no te puedo creer que me cagaron la mosca...*», rezongando, afloja los brazos y se sienta en el escalón, saca de sus pantalones apretujados una caja arrugada de cigarrillos dulces de los más baratos, se pone uno en los labios y tantea en todos sus bolsillos buscando el encendedor, «... *nooo, si yo lo tenía, la puta que me parió mil veces, que payaso PELOTUDO, me lo dejé en la mesa de la cocina...*», guarda el paquete y se deja resignado un pucho apagado entre sus labios secos. Con la cara blanca larga y decepcionada, levanta las orejas y trata de escuchar llaves del otro lado, un sonido de portazo en algún largo pasillo. Nada, y de nuevo un sonido lejano, se levanta, no escucha y a la vez sí escucha los pasos arrastrándose por el fondo, «... *Por fin...*», ya suenan en su cabeza las llaves girando las trabas, poniéndose de pie acomoda su moño y trata de parecer un borracho gordo y triste con cara de payaso vicio; espera, pero la puerta no se abre, entonces sube los escalones y la golpetea pegándole una oreja para escuchar mejor, «... *Hoooolaaa, carajo, verga puta, qué tengo en las orejaaas, escuché cualquier cooosaaa...*», suspira, juguetea con el cigarrillo apagado en la boca, toca el timbre de nuevo y también el otro que tiene el portero, improvisa una melodía tocándolos repetidas veces mientras se rasca el pecho por encima del piloto azul. Está pensando en el sucio viaje de vuelta a su letrina y con la cabeza vacía... cuando el portero hace «Clack», y saltan las palabras.

—¿QUIÉN Es? ¡HeEe! ¡AHÍ AbAJo! —Algo grita grave y metálico por el aparato.

—¡Hola! ¡Hola! Pensé que no había nadie, jojo, menos mal.

—... ¿QuIÉN eS? ¿Hola? ¡¿HoLa?!

—Sí. ¡Hola! —Aprieta los botones—. ¡HOLA!

—¿QUé pAsa?

—¿Pisco? Me manda el Araña.

—¿HoooLaA?

—¡HOLA! ¡Me manda el araña! ¿No se escucha?

—¿QuiÉN?

—¡EL HOMBRE ARAÑA!

—... No sE eNtiEnDe unA GoMA esTo, paRa, EsPerá Que baJO. —Clack—

—Dale.

Se pone el cigarrillo en la oreja y mira de frente a la puerta, se distrae viendo las pintadas pornográficas que llegan hasta el picaporte, formas pictóricas de tres piernas montadas sobre grandes tetas con manchas de leche, dedos, vulvas, posiciones imposibles en la cuarta dimensión con medio cuerpo atravesando un culo pintado de rojo, «... *2 veces besos en el segundo pezón...*», lee, bajo las figuras, cerca de la cerradura, «... *Metela fría pero abrila caliente...*». El portero eléctrico chispea.

Clack.

—¿Sí? ¿Quién me toca? —Una voz de mujer metálica sale del aparato.

—Hola, hola. Ya me atendieron, gracias.

—¿De qué?

—... ¿Cómo?

—¿Gracias de qué?

—... Me equivoqué de timbre, ya me abren.

—... ¿A quién buscas?

—Pisco Arbait.

—... Acá no es -clack-.

Y la puerta se abre, un flaco estropajo de un metro setenta sale en musculosa y calzoncillos con unas rastas violáceas cubriéndole la cabeza, está bastante bien inflado de pura fibra y con tatuajes hindúes envolviendo sus brazos. Andrés ve como sus ojos rojos lo miran de abajo para arriba y se estancan en su cara de payaso vicio.

—¿Sí? ¿Qué necesitás?

—¿Pisco? —Se quita el peluquín y lo estruja entre las manos.

—... No está. ¿Quién lo busca?

—Soy Andrés. Me manda el Araña por lo de Bruselas.

—Aaah, sí, un toque tarde, mirá, el loco está en la esquina —le señala a la derecha—, en la rajadura roja, media hecha mierda. Si todavía no se fue te va a abrir.

—¿Ya se fue? ¿Cómo pude llegar tarde?

—... Yo qué sé, me estoy cagando de frío y me cortaste el polvo... para mí llegaste más tarde que el fin del mundo.

—Bueno... perdoná, no sabía yo. El bondi debió ir más lento de lo que creí que iba. No te quise joder, bruder... ¿Todo pepa? —Estira el puño izquierdo, el flaco de rastas violáceas lo mira fijamente y parece meditar el siguiente paso. «... *Por favor que me acepte el saludo este gil de la India...*».

—... Todo pepa loco, bien pasti. Yo soy el Chute, si querés cosita venís a buscarme más temprano y te doy buena-buena por pocas monedas —y estira el puño izquierdo golpeando levemente el del payaso, y su cara seca se transforma en una sonrisita indulgente casi sin dientes—. Eh, andá a la esquina que Pisco todavía debe estar, vos tocá la cuarta vena de la puerta roja y esperá un toque, si no te la vienen a abrir pasá directo al fondo. No tiene llave la cosa. Eso sí, guarda que no cierra, está quebrada. Trata de dejarla bien puesta, loco, que después se mete cualquier bicho y me tiran la bronca a mí.

—Listo, listo, la engancho bien. Gracias, Chute —lo saluda agitando las manos, y para cuando suenan las trabas y los engranajes, Andrés ya está trotando rápidamente por entre cajas llenas de carne podrida y huesos de pollo.

Siente algunas gotas pegajosas caerle en la calva y vuelve a colocarse su peluquín púrpura, «... *En cualquier momento se larga la buena gelatina de nuevo...*». Pasa unas ventanas tapiadas y un edificio derrumbado, un rojo despintado cerca de la esquina se parte de madera vieja. Andrés estornuda y se le ponen tiesos los ojos, la brisa apesta dura y manija, se rasca su nariz granate y escupe una flema violácea como las rastas que acaba de ver, «... *Put a noche, el aire se está condensando feo de sustancias...*». Unas cuerdas más abajo, pasando el basural/potrero, una narco-fábrica de tres pipas escupe ceniza blanca a la bruma, pegándose a los gases de la tormenta que empieza a descender pesadamente contra el empedrado. Entre saltitos apurados esquivo unas bolsas y oprime con cuidado la cuarta vena de la puerta roja, escucha el pinchazo bajar por el pasillo bien desde el fondo de la manzana podrida.

En las chapas golpean granos amarillentos entre truenos y gritos, un perro le ladra al viento, unos segundos de parpadeo eléctrico, necesita fuego para su cigarrillo, eso es, sin esperar respuesta, el payaso corre la puerta rota y entra a un pasillo sin luz. Intenta cerrar bien como le dijeron, pero un pedazo de la madera rojiza se le cae al suelo barroso de la vereda y la bisagra superior se rompe, soltando el resto de lo que alguna vez quiso ser una puerta. Agua caliente fluye bajo sus zapatillas piratas, es algún caño roto de la caldera. Deja las partes sueltas de la puerta apoyadas como puede y camina a tientas acariciando dos paredes rugosas, cubiertas de humedad. Al llegar al final tantea una abertura metálica, la golpea en la oscuridad, «... *Pisco PUNTUAL...*». Si no contesta nadie rápido del otro lado, intentará tirarla abajo a patadas.

.....

Escondidas en la pequeña cocina, una vez cerrada la sucursal controladora de tránsito, ella la había sentado sobre la lavadora automática y le daba golpes secos y pausados con la punta de un lápiz. Las medias de goma colgaban de los bordes del ventanal con la noche entorpeciendo las miradas entrecruzadas. Escucharon las patadas en la reja y creyeron que eran los mismos de siempre.

—Voy a abrirles.

Braiana tiró un beso y se subió los pantalones de su uniforme, caminando lentamente se puso un cigarrillo rubio en sus labios despintados, buscó el encendedor, y se dio cuenta que, fiel a su mala costumbre, lo había dejado en algún lugar que no recordaba. Una nueva patada hizo vibrar la persiana metálica.

—Ya va, ya va, denme un minuto para abrirles —buscó la tarjeta en su camisa y puso en luz verde la alarma, dentro del metal cimbró un pitido electrónico, la puerta desencajó sus trabas—. Ya pueden pasar muchachos, qué...

La puerta roja se abre de una patada, la golpean en la cara y cae de culo al piso, aturdida y sin reacción busca torpemente su arma, pero la ha dejado sobre la mesita de la cocina, no pensó necesitarla, no con ellos; pero ellos no son los mismos de siempre. Vaya sorpresa.

No grites tus penas con la garganta o te la quemo, linda mujercita.

Dos hombres, uno bastante viejo y otro bastante joven, se paran frente a ella y le iluminan la cara con un arma de muerte caliente, siente la temperatura ascender en sus mejillas, sabe que si es oprimido el regulador del arma, quedará pegoteada al suelo como un chocolate bajo el Sol de Venus.

—Encendés el aparato y nos saltás a otra parte... ¡Y que sea rápido! O te quemo tu cara de ángel.

El bajito anciano sacude su arma, tiene el tatuaje de presidiario en la frente, bajo una capa de transpiración y algunos cabellos canosos: «*peligro VIOLENTO A-3 naranja*».

—¿Hay alguien más en el negocio de saltos, lindura? ...Que bonita, que bonitas tetitas.

El joven armado se sacude, no parece tener más de quince con el rostro cubierto de sangre y acné. Se ha extirpado la piel tatuada de la frente hasta llegar al hueso con el cuchillo que empuña en su mano izquierda. Con la otra mano aprieta constantemente su entrepierna, Braiana puede ver el miembro erecto bajo el pantalón ajustado.

—No, no... nadie más, estoy sola, por favor no me lastimen, por el amor del Sol —dos lágrimas largas y saladas caen de sus ojos grises—. Apagan el

portal desde la central de la Luna. No puedo saltarlos hasta que sea el horario de atención. Por favor...

Una puerta se cierra sutilmente detrás de un mostrador con las luces apagadas, está recubierta con un póster color rojo de la empresa: «*Salto instantáneo por todo el cinturón de Orión al mejor precio del mercado... y olvídense de la tierra en menos de un segundo*».

Avisos radiales, pintadas y subliminales

.....
.....
.....
COENVI.....
.....Coalición de Elaboraciones Narcóticas de Vitamina.....
.....
.....
.....TE RECUERDA QUE:.....
.....
Satisfacer la necesidad del subsuelo es nuestra Droga N.º1.
.....
.....
.....Sesenta billones de años cautivando adolescentes.....
.....
.....

...

La musa de los rezagados curaba tus penas con el color más hermoso.

Transición de puerta quebradiza... ¿Dónde existo entonces?

...

—Humanos... ¡DESPIERTEN! ¡Zigzagueen el camino pero no se pierdan en sus bifurcaciones ociosas! ¡Levanten la cabeza! ¡Escupan los muros en lugar del suelo!

VITAMINA posee la taza de natalidad más baja del sistema... ¡Y también la taza de MORTALIDAD infantil más alta!

SOBREDOSIS.

¡Nuestra población se mantiene estable gracias a los turistas que se pierden en el VICIO de nuestras calles enfermas! ¡No escuchen a las malas drogas que detienen nuestro progreso! ¡No escuchen a los mercaderes cuánticos que desmenuzan nuestro futuro y prometen un presente infinito! La Coqueta 2 en macro-cápsulas de triple duración reduce los efectos colaterales de nuestra atmósfera contaminada de manera RÁPIDA y SATISFACTORIA. Además, a diferencia de las otras, la Coqueta 2 disminuye en un 25 % la velocidad de degradación de tu sistema nervioso y es la ÚNICA, SÍ, la ÚNICA, que en lugar de atrofiar tu cabeza genera NUEVAS CONEXIONES NEURONALES al instante. Lentamente tu dependencia a la atmósfera se ira disipando gracias a su componente secreto que inhibe el deseo de respirar. Abandona tu clase mediocre y únete a los que como yo, ya están tomando de LA MEJOR.

...

«No somos más que invisibles quarks dentro de una diminuta esfera caliente esperando el Big Bang».

... ALERTA VITAMÍNICO.
LUCRAR CON TU TIEMPO ES UN PASO A
LA ANTIMATERIA...
... COMPRA ÚNICAMENTE DROGAS
LEGALIZADAS

...

Los zombis duros se llevaron a mi hija de gira. ¿Porqué no a mí?

...

No faltan más que cuatro mil millones de años
para acabar esta farsa.
Róbense el reloj más grande y vegeten en sus segundos
Manoseen sus horarios, falseen sus péndulos.
La banda de tiempo tiene la respuesta...
Destrozar el espacio...
... es lo más cerca que estaremos de hacer algo

con todo esto.

...

Tragate unos cien años.
Intenta meterte cien más.
Estírate un poco al infinito.
Mueve el pasado y cruza sus líneas.
Prueba con mil años en tus pupilas.
Y olvida el falso cosmos perdiéndote
en el luminoso cero absoluto...

...

No escriban ficciones en este viejo muro, peligro de derrumbe...

...

SU LIBERTAD
DETERMINA
NUESTRA LIBERTAD

No pierdas todo tu tiempo en el juego

—*Mi tictac orgánico dice que ya fueron las mil quinientas, pero atrasa los amaneceres, así que tal vez puedas entrar conmigo a la cabina porque aún es ayer y necesito un copiloto después de todo.*

—5.510 a 10.015; puedo, estoy en el límite pero puedo.

—Bien. Sincronicemos relojes entonces.

—Cuatro en un cuarto, dieciséis si contamos los cuatro cuartos.

Bien, los números son sólo del cero al cinco sin contar cincuenta, ¿ves?, así, bien, éstas son las cartas del dos y del cuatro, fíjate bien, no le ganan al cinco, pero sí al tres. El tres le gana al cinco. Y éste, el cero, le gana al dos, al tres y al cuatro, mira, éste es el cero. Pierde contra el uno pero se le pega al cinco hasta que saques otro uno.

¿Se entiende?

—Un poco complicado... a ver, dejame ver mejor el cinco. Ajá, ya veo. ¿Y mi cuarta carta cuál es?

—*Ésa tiene que ser la tuya, con un cinco, un uno, un cero y tu carta, estarías a un salto de patear la mesa y derramarte del juego.*

—Pero sólo hay un cinco en el mazo.

—*Exacto.*

—¿Y cuántas cartas trae el mazo?

—*Cincuenta, más un cinco, más las cuatro cartas personales de cada fisura.*

... Para terminar, entonces, cuatro fisuras compiten con un mazo, en cuatro cuartos conectados unos a otros por un quinto más pequeño, donde

esperan el nexo, que sería yo, y el copiloto, que serías vos. ¿Entendiste?... Es importante que lo entiendas.

—¿Y nosotros tenemos un mazo?

—*Nosotros somos la carta del cinco, la movemos a donde conviene, así le aseguramos a Casino Tempus que nadie ganará más que un par de años y que luego, de seguir jugando, perderán el triple, inclusive más. Algunos hasta mueren en los cuartos debiéndonos todavía. Ganancia neta, primor, un negocio redondo.*

—Pero... ¿No es eso hacer trampa?

—... *¿Querés el puesto de copiloto? ¿SI o NO?*—

—INSERT COIN —9-8-7-6-5-

Deposita una de las grandes y doradas con el cinco parpadeando. Espera...

—... *¿SI o NO? Oprima en la pantalla la respuesta seleccionada y luego baje la palanca.*

Oprime cinco veces la o que aparece entre el sí y el no, baja la palanca hasta escuchar el timbrado agudo.

—... *0...0...0...0...0...5... cargando...*

Hasta allí ha llegado ayer, sabe que está cerca de la final, de lograr, no el puesto de simple copiloto, sino el de nexo del Casino Tempus con la banda del tiempo. Los Reyes del juego que nunca pierden se han adueñado de todos los casinos del cosmos.

Oprime el cinco ... *insert coin*, pone otra moneda. Baja una vez más la palanca ... *insert coin*, pone otra moneda.

Lo próximo que intenta es meter una moneda más, quién sabe cuántas a metido ya en la máquina junto con sus días. La máquina muestra en vivos colores desde su pantalla orgánica: «... *0...0...0...0...0...5...insert coin, primor*», y ella piensa, piensa, piensa, saca su celular de la cartera y marca 0-0-0-0-0-5, espera, mete otra moneda, la pantalla se apaga, el procesador parece estar analizando una respuesta, y ella aprieta el celular de los nervios intentando contener su orgásmica alegría hasta el final. Se pone de pie.

—GAME OVER—

—Lo siento preciosa, otra vez será, me iré al quinto cuarto sin copiloto. ¡Pero has quedado primera en el ranking de los intentos por ganarte este empleo! Coloca tu nombre y retira tu premio consuelo en ventanilla cuatro.

El premio es una hermosísima carta personalizada para participar de un juego de «cinco, diez, cincuenta» en el tugurio más cercano a tu dependencia. ¡No pierdas más tiempo!

—INSERT NAME—

Defraudada por sus ilusiones de victoria escribe tristemente y letra por letra su nombre en el primer lugar. Lucero Celeste Díaz está en los demás puestos del *ranking* exceptuando el sexto (en el que figura un tal Hugo Alberto Timba), espera que ese bastardo no gane primero el gran premio de convertirse en nexo. Mira dentro de su cartera, sólo le quedan unas pocas y deprimentes semanas para malgastar, ya no tiene el crédito suficiente como para volver a intentarlo. Su premio plateado sale por una ranura con su nombre troquelado, las puertas se abren y el bullicio del salón inunda de nuevo la pequeña oficina de solicitud virtual de empleos de *Casino Tempus*.

Caminando apresurada llega a la ventanilla de canjes y retira su tarjeta personalizada entregando el *ticket*. Se anota para ser fisura a las nueve en el tercer cuarto, y con lo que le queda de capital compra tres gramos de extracto de suerte. Esta maldita noche intentará ganar los días perdidos para así poder regresar mañana.

El niño de siete en la ruina lunar

—Tenemos que esperar —la flota del bucanero Errata renguea la ría, en su camarote, escribe sus palabras finales.

«A puño y letra este bucanero deja aquietar las aguas sofocantes del mar Urente...».

Quinientos cañones ocultan el ocaso más allá de sus velas, y un humo de pólvora vieja recorre el vuelo de las gaviotas. La escuadra aséptica de galeones negros hace sonar sus tambores y redoblantes, escoltan a las naves condenadas de Errata el pirata. Las dejarán tocar Costa Langosta antes de hundirlas.

«... y dejo mis botas al primero que me dé alcance en los campos de peces del Caspio. Que no quede mi espada oxidada, que mate, que mate. Muerte. Que para eso se hizo mi espada, mil cabezas ya cortadas, déjenla seguir su oficio, que no caiga oxidada a las profundidades del abandono. No es ella la culpable de esta derrota.

Rascándome la barbilla siento a mi barco hundirse desde el vientre, las ratas saltan chillando, buscando su salvación, y a pesar de nadar se ahogan en la espuma blanca.

Y aquí abajo se me diluye la tinta, y sólo me queda pensarlo, testamento de puño y letra de este testador detestado.

Muerto.

Le dejo mi tesoro a quién quiera descubrirlo».

Arañan la entrada de su camarote, agitan las pequeñas ventanas. El bucanero Errata se rasca la barbilla abriendo las puertas de par en par... es Agua Salada, de pie bajo las banderas negras, su lugarteniente de cien batallas.

—Jefe, buenas y malas, algunas ratas han regresado de Costa Langosta con cientos de cocos, se acabó la hambruna; pero no podemos verlas porque ya no llega la luz tan profundo y las lámparas se nos apagan porque nada está seco bajo el agua, y no nos sacan de la ría porque el viento no sopla y me cuesta seguirle hablando porque se me filtra el agua tibia por entre mis cariados dientes.

—No llegamos a encallar.

—No. Nos hundimos frente al faro ciego.

Eso fue lo que sucedió.

Agua Salada y Bucanero Errata caminan ahora juntos los días del puerto. Se conocen desde que eran ancianos, ahora ya niños tienen muchas historias juntos. Le cuentan sus saqueos y aventuras al que pague por escuchar. Agua Salada ya pesa escasos kilos, solamente puede gatear pequeño y rosado algunas calles, está perdiendo el habla, únicamente puede musitar incoherencias que nadie llega a entenderle.

Bucanero Errata es quien cuenta las historias ahora; pero ya son pocos los que escuchan su aniñada voz, él también es muy pequeño aunque todavía camine erguido. Carga en brazos a Agua Salada y juntos piden leche en el puerto. Los pescadores saben que una vez fueron grandes. Sus historias son mitos en las noches de Puerto Piraña.

Mil calaveras en una carabela desarmada sin cuerpo de huesos en la arena.

La escuadra aséptica a limpiado Costa Langosta de piratas y malhablados. Las ratas muertas ya casi cumplen el siglo en el exilio.

La espada oxidada bajo las aguas sueña que atraviesa viejos cuellos.

Cocos maduros flotan la ría blancos como calaveras. Las altas palmeras siguen allí, contemplando la costa desde la orilla.

Los días se escurren por las redes de pesca y muy bebés ya los dos, no pueden pedir leche más que llorando y gritando, apretando sus manitos en puños indefensos. Inmersos bajo un callejón de muerte. Así terminan, los gatos baldíos los devoran rápidamente, nada saben de mitos en Puerto Piraña.

Y en el cielo, el gran planeta padre hace la noche y todo el mar Urente es negro y no refleja más que rojo y cráter. Ésa es la hora de los nacimientos. En un callejón de muerte que baja hacia el muelle, las ninfas carroñeras de la vida comen y excretan los restos de los dos últimos bebés. Dejando un capullo entre carne podrida de ballena.

Un anciano ha nacido. Dos bebes muertos. Es el círculo de la vida.

Y pronto será su día en Luna Llena.

Pronto está de nacer... sí...

.....

Júpiter mira al niño junto a él en la barra gravitatoria. Ha bebido bastante y tiene la visión entonada. En la cintura le cuelga al pequeño un sable oxidado que casi roza el suelo, respira profundo un trago apretando sus manitos.

—¿Y entonces...? —le pregunta Júpiter impaciente al niño.

—... No hay mucho más de historia. Los lobos del infierno bajaron del volcán y se comieron Luna Llena por la mañana. No dejaron nada sin digerir. Yo soy el último, soy ese anciano que nació de esos dos bebés. El último marinero ebrio de Luna Llena.

—... Es una historia bastante triste para un niño de siete años, déjeme que le invite un trago.

—He vivido bastante por hoy. He bebido bastante.

.....

Quebrador abre el portal del horno-bar, deja su mochila en la entrada y se palmea las piernas. Un polvo anaranjado brota de sus pantalones plásticos.

—Soy Quebrador.

Digo: «*Soy Quebrador*», y camino dos pasos. Conozco al tipo de tumis de Marte, pequeños, azules y cuadrados. La cara del tumi que parece de látex celeste abre el orificio de la cara (que es algo así como su boca) y me hace extrapolar. Es que la gente de Marte se comunica extrapolando. Y me veo que estoy entregando estatuillas cargadas y ganando buena mosca para avivar la caldera de Tritón. Es una ciudad de luz hipnotizante.

—Vengo a entregarlas.

Asiento con la cabeza al Tumi de Marte, digo: «*Vengo a entregarlas*», el Muñeco de Látex se desliza como si tuviese patines sobre la barra gravitatoria, desapareciendo por una puertecilla metálica.

Quebrador tantea el lugar, hay alguien allí que lo conoce:

Júpiter. Júpiter está en la barra babeando junto a un niño de siete, Júpiter toma dopamina, el niño de siete prefiere cianuro con gas y hielo seco. Más atrás, arrojada en una cama, dos piernas largas se cruzan mirando un video-fusor, esperando, tal vez, su dosis de gemidos. En la oscuridad del fondo, un ladrillo de Marte, con su sombrero de arcilla blanca, se curva en piedra contra una mesa de tragos largos y parece estar cantando algo lento sin emitir sonido alguno.

Luces bajas en las profundidades del horno-bar. Un antro caluroso y sofocante de los que abundan en el planeta rojo.

.....

—... Las pirámides de Marte cayeron con el gigante. La decadencia del primer imperio.

—Fueron creadas para volverse ruinas del tiempo, pedazos gastados, es todo lo que queda.

—Todo lo que queda, pequeño borracho de Luna Llena. Y aquí estamos.

—Pedazos gastados... sí, brindo... —El niño de siete levanta con un eructo su botellita en aerosol y se cae de cara contra el ripio, con los ojos

dados vuelta.

El pibe se quedo así toda la noche, Júpiter le contó al dueño que aquel cadáver era de Luna Llena. Que se la comieron los perros y solamente quedaban huesos y cocos nadando en el espacio; que antes era un satélite-oceano plagado de marineros viejos que se vivían para atrás y que sólo quedaba ese muchachito envenenado. Nacido de los restos masticados de dos piratas de leyenda. Pero el clima de Marte al niño de siete no le estaba sentando del todo bien, su cara se hinchaba y se ponía como de una goma verde y pegajosa.

—Demasiado cianuro para un niño de siete —dice Quebrador, ocupando la silla que ha dejado libre el niño.

—Es lo único que le queda al muy infeliz.

—... Creo que nos hemos visto en otra dimensión, soy Quebrador.

—Yo Júpiter.

—¿El Dios?

—No, era el planeta. Pero ya estoy venido abajo.

—¿No son la misma cosa?

—No lo sé, yo soy Júpiter.

—Sí. Te conozco, nos conocíamos.

—... Tritón, el antro de Crono.

—Traficábamos tiempo. ¿Recuerdas?

—Eso fue hace mucho.

Ese excartero huyó de sus minutos

Los carteles de propaganda le alertan que no ha comprado nada en todo el día, «Tenemos tu nombre, tus datos se están cayendo por el ordenador. Nadie se queda sin probar el nuevo y refrescante sabor mentolado de nuestro mejor producto».

¿Acaso quieres ser destetado por nuestro perfecto sistema de flujos circulares?

Si no gastas lo que ganas podemos echarte de casa.

Beba *Licuola*, sweet *Licuola*, *Licuola* drink, y ahora *Licuola* power en sobres de cien.

—Y ahora licuola power... debería irme de esto.

Upoz acelera el paso, a partir del momento en que se despidió de su amigo Tom Floripond en la esquina del Banco Central, ha comenzado a tener la sensación de que observan todos sus movimientos detenidamente. Mira de reojo atrás y a los costados, lo hace varias veces, y cada vez que gira la cabeza, el mundo le esquivo la vista. Aún está algo lejos de su pieza nueva, pero debe caminar, su tarjeta de ciudadanía ha sido rechazada en los molinetes del subte. Sabe que lo están grabando con las camaritas de los outlets y las casas de cambio, que lo siguen de lejos para disimular. En la cuadra de enfrente, dos promotoras de piernas largas cuchichean con Controladores en la salida de un centro *cybershopping*, lo señalan con bolsas doradas entre los dedos... «Ese señor no ha aceptado nuestro volante de invitación gratuito».

Comienza a trotar, zigzaguea puestos automáticos de grasa con papas, vendedores de diarios usados. Máquinas orgánicas expendedoras de jugos naturales le sacan una foto, percibe el *flash* al pasar. Al llegar a las escaleras mecánicas, ya está bastante agitado, desciende hasta el nivel de la plaza de

fibrocimiento donde rebota un grupo de niños. Con botines nuevos y plateados se pasan la pelota del próximo mundial mientras chupan helados de chocolate y se filman, unos a otros, con sus anillos digitales. Los nenes parecen enanos de un partido micro-televisado, transmitido en vivo a cincuenta y tres millones de planetas por la Intercosmo LTD. Atraviesa la canchita alcanzándoles con las manos un mal pase que se les iba por el lateral. No son más que siete jugadores, sus camisetas autografiadas bajo los números de neón brillan de publicidades holográficas que absorben su transpiración, y los escudos de sus clubes se pierden bajo *sponsors* oficiales y marcas registradas. Uno de los enanos lleva una campera de *jean* gastada, la bandera del sol naciente cocida en la espalda. Son siete pequeños hombres que sólo se saben cinco malas palabras, montándose ágilmente a sus bici-petardos tuneados y abandonando así la cancha. No dan las gracias por la pelota devuelta, la maduración ha avanzado desde que Upoz era niño; hoy en día, a los diez ya tienen sus empresas fraudulentas y se casan con nenas de cuatro. Hace mucho (ha leído en una revista), ocurría algo parecido pero en diferentes circunstancias; éste es ahora el otro tiempo, y Upoz empieza a creerse que lo mejor sería rajarse de él, abandonar su existencia y desaparecer.

Debería haberlo hecho antes.

Luego de largas vueltas llega cansado a su mono ambiente, al abrir la escotilla encuentra bajo sus pies los avisos judiciales de los nuevos productos que no ha comprado, facturas impagas, intimaciones, ofertas, promociones. Las empresas son lo que mantienen vivo al correo de papel, eso lo sabe, porque su trabajo era llenar los buzones de otros con todo ese palabrerío inservible. Pero aunque repartía, él también recibía, ya que ningún empleado del correo se lleva sus cartas a casa o las lee en el trabajo, la gerencia lo prohíbe.

Se quita los zapatos y la camisa, tiene dos mensajes en el telecomunicador. Presiona el botón y se sienta frente a la pantalla plana:

01/ Un gordito de traje azul, el supervisor de su unidad de correo, le anuncia que ha perdido el puesto y su bonificación. Upoz no se había acercado a la agencia las últimas semanas a buscar cartas para su reparto.

02/ Una señora de vestido verde, se presenta como «Irma Ana Amri», una Colocadora Laboral del Gobierno, reclama secamente su presencia en las

oficinas colocadoras mañana a primera hora del día para un cambio de empleo.

Marca el número de Tom; pero no recibe más que una señal escrita, *«Señor usuario, usted adeuda el abono del mes anterior, llamadas salientes bloqueadas, le quedan tres días de vida a su telecomunicador en comodato, efective su pago AHORA»*.

Se va a dormir sin comer, se retuerce en la cama roncando y tirando patadas. Por la ventana de su mono ambiente puede leerse un cartel, se prende y se apaga sobre la terraza del edificio cruzando la calle, dice:

EH, AMIGO...
¿HAS TENIDO SEXO ÚLTIMAMENTE?
¡COMPRA ya tu SEXO EN BARRA!
¡NUEVOS COLORES!

El cartel le oculta el sol por la mañana, sólo se filtran algunos rayos, necesita encender las luces para poder ver. Eso es lo que sueña siempre cuando está a punto de sonar su despertador, sueña que se levanta y enciende la luz antes de levantarse y encender la luz. Pero esta vez es muy diferente a las otras, al despertar levemente de su ensueño, Upoz nota algo que lo desorienta completamente... no está en su cama, es más, en lugar de encontrarse recostado, está sentado en una silla de madera. Con la cabeza sobre sus brazos cruzados y apoyados en una mesa. Su mirada se encuentra oculta dentro del hueco que forman sus dos brazos. Muy lentamente abre los ojos, está apoyado bastante al borde, con la cabeza escondida de ese modo, puede ver una minúscula porción del suelo y sus pies. Nota que tiene los zapatos puestos, pero con los cordones desatados, y que parece estar vestido como el día anterior. Respira disimuladamente, intenta seguir pareciendo dormido, presiente que no está solo en ese lugar extraño, aunque no escucha ningún sonido, más que el de su nariz respirando nerviosamente. Intentando mantener el ritmo aletargado de quien descansa, pasa un rato de espera prudencial; lentamente levanta el rostro. Frente a él, la señora del vestido verde que aparecía en el segundo mensaje lo contempla en silencio. Upoz ojea sus alrededores, sólo ella y él en un cuarto muy pequeño, el techo se eleva unos cinco metros dando una extraña sensación de pequeñez, repentinamente, se siente uno de esos enanos de la plaza. En el escritorio hay unos expedientes abiertos.

—¿Va usted a quedarse dormido otra vez?... ¿O acaso ya podemos empezar la búsqueda de su nuevo empleo?

—.....—la mira detenidamente a los ojos, es la primera persona desde Tom que no le esquivo la mirada.

—¿Necesita atención médica, señor Upoz Ram-nishi?

—No sé cómo llegué hasta acá.

—Bueno... no se presentó a realizar sus tareas y obligaciones las últimas... dos semanas, fue despedido ayer por incumplimiento de contrato. Eso lo llevó hasta aquí.

—Sí, pero... ¿Acaso pensaron que yo no iba a venir?

—Señor Ram-nishi, por si no recuerda nuestra presentación cuando le invite a pasar, soy la jefa de colocadoras laborales, Irma Ana Amri, yo le dejé un mensaje en su tele-comunicador ayer por la tarde, le pedí que viniera a primera hora. No pensé que llegara a faltar a una citación oficial. Los pocos individuos que no se presentan a la cita son llevados por la Controladora a otro establecimiento más adecuado para su rebeldía.

—No, es que eso no tiene sentido, yo no vine por cuenta propia. Me fui a dormir para despertar aquí sentado.

—... Lamentablemente para su curiosidad, señor Ram-nishi, desconozco lo sucedido durante esa laguna mental que padece... —Toma su lapicera y acomoda unas planillas—. ¿Cree que su malestar requiere asistencia siquiátrica?

—... No sé qué decir. Espero que no. No.

—¿En qué oficios se ha desempeñado desde su inserción laboral? Enumere del primero al último por favor.

—Mm... —Todavía algo desorientado y sin entender lo sucedido, mira al lejano cielo raso para ordenar su mente; nota que hay un cartel publicitario pintado en el techo, es el cartel de su ventana. «*Eh amigo... sexo en barra*».

—... Por favor, intente recordar si es posible, para simplificarme las cosas.

—Necesito un vaso de agua.

La señora de verde suspira y arquea las cejas, se acomoda unos pequeños y anticuados anteojos, y se pone a acechar con su índice la información en un expediente.

—No podrá elegir un oficio en el que ya se haya desempeñado mal. Sus recomendaciones son muy negativas y critican su falta de puntualidad.

—Necesito un vaso de agua.

Oprime una perilla en el escritorio.

—Traigan un vaso de agua para el señor Ram-nishi.

Ni bien termina de decir su nombre, una mujer alta de la edad de Upoz entra a la oficina, hermosa, tiene el pelo recogido y un lunar bajo los labios, su cuerpo se mueve consciente de su belleza. Se acerca a la mesa con cara de secretaria obediente y deja una bandeja con un vaso de agua. Sus ojos evitan los de Upoz y en ningún momento los enfrentan.

—Gracias.

—¿Podemos continuar? Esto se está dilatando más de la cuenta.

—... ¿Cómo dicen sus propagandas subterráneas?... aquí no trabaja el que no quiere. ¿No tengo acaso, la posibilidad de elegir esa opción?

La señora de verde deja su lapicera y se quita los anteojos sosteniéndolos con una mano.

—Existen dos caminos de direcciones opuestas, señor Ram-nishi, uno es el camino del éxito y el progreso; el otro, es el camino de la autodestrucción. El Perfecto Sistema no permite que nadie se vuelva un lastre para la sociedad... ¿A qué dedicaría su vida si es usted un mantenido? ¿En qué ocuparía su tiempo?

—Supongo que no haría nada, no sé, lo que me dé la gana.

—¿Quiere que se le pague por no hacer nada?

—Sería lo ideal.

—Pues entonces buscaremos un trabajo en el que no haga nada, hay varias actividades que pueden interesarle.

Mira el cielo raso, «EH AMIGO...».

—Eso sería hacer algo. No es necesario que me paguen.

—¿Cómo va a comprar entonces? ¿Cómo va a ser parte del Sistema? No está eligiendo el camino correcto.

—Entiéndame, señorita de verde... yo lo que quiero es quedarme parado en medio de esos dos caminos opuestos, irme de los dos tiempos.

Vuelve a colocarse los anteojos, toma la lapicera y busca la última hoja del fajo de papeles.

—En el día de la fecha, señor Ram-nishi, ha sido citado para su reinserción en el Perfecto Sistema. Luego de una entrevista de... (mira su reloj pulsera) cincuenta minutos, en la cual ha buscado todo tipo de formas para hacerme perder el tiempo, me informa que rechaza la ayuda del Estado y desea permanecer desempleado sin recibir remuneración de ningún tipo. ¿Es ésa su decisión final?

—... No sé...

—Parecía convencido hace un instante.

—... Usted hace sonar peligrosa esa decisión...

—¿Cree que será obligado por la fuerza a cumplir una jornada laboral?

—... Se dice que desaparecen a los que no pagan sus cuentas.

Irma Ana Amri escribe, mueve la muñeca como si estuviera colocando su firma, sella dos papeles dándoles golpes secos y se levanta apoyando sus manos sobre el escritorio. Presiona nuevamente la perilla con la que ha pedido el agua.

—Acompañen al señor Upoz Ram-nishi a la salida general.

La mujer del lunar entra nuevamente y se para en la puerta entreabierta.

—... ¿Puedo irme ya?

—Sí, por supuesto. En este mundo de oportunidades nacen diez mil bebés por minuto... ¿Espera que gastemos más segundos en usted? No, no es tan importante —de un cajón del escritorio saca un sobre, Licuola power, lo rompe sobre su lengua y vuelve a sentarse—. Señor Ram-nishi, es usted un total inadaptado del presente. Lo hemos monitoreado estas semanas que se ausentó del correo, ha estado bebiendo, relacionándose con agentes externos,

turistas adictos, malas influencias; ha discutido en negocios, insultado a promotoras, se ha paseado por plazas asustando a inocentes niñas y niños. Váyase, váyase con su patetismo a otra parte. Un mono-cohete lo disparará hacia donde más le plazca.

Upoz se levanta. No se despide, no da las gracias, no tiene porqué hacerlo, ni siquiera pensaba anoche venir a esta entrevista, aún sospecha que lo drogaron y lo trajeron dormido. Con sus cordones desatados se acerca a la puerta donde lo espera la bella secretaria. Mira al cielo raso, «EH, AMIGO... SEXO EN BARRA... NUEVOS COLORES», y al volver la vista, se deja llevar por el lunar bajo unos labios rojos... en pasos lentos hacia el costumbrismo habitual.

La moda futura

La visera oscurece sus ojos color café. Dentro de una campera de cuero, dos brazos se sacuden inútilmente, zapatillas blancas corren pisando fuerte el pavimento mojado. Viento frío en su camiseta naranja.

Él es lo que viste, eso dicen sus pantalones en ambos costados, letras grandes y rojas unas sobre otras se deforman en ondulaciones a cada paso que da. En sus orejas titilan dos aretes de neón. Ya nadie más que él en los barrios altos de Vitamina pisa fuerte en los tiempos que cambian, nadie vive dos veces el mismo espectáculo, la variedad manda, lo nuevo es constante y todo el mundo pierde interés en todo fácilmente. Él está trajeado a lo «uranio/manija», y es un autodenominado «uranio/manija/cuadrado», todos los demás ya andan en la movida verde pensando en cambiarse pronto a otra cosa. Visten de verde, comen verduras y se tiñen el pelo y la piel de verde, y les dicen «vegetas/manijas», siguiendo la ola, la mayoría está optando por el rojo y el amarillo, y otros se ponen ropa de bebé a manera de pequeños taparrabos y usan ropa interior de todos los colores en la cabeza; también hay «bebotes/dobles», «anarco/vivaldis», «caramelos/oscuras», etc...

—¡He, Chuletas! ¡Aburres con tu facha de ayer! —grita un muchacho dentro de una máquina expendedora de refrescos dietéticos de licuola.

—¡Iluminadme las partes! ¡Granuja! —responde el uranio/manija/cuadrado, corriendo en zigzag por la rotonda de flores con colores variables.

«*Pichón de humanoide ese Lemper cara de papa, quiero amigos nuevos mañana*», medita Chuletas, bajando los escalones de piedra hacia la casa móvil de su chica.

Golpea la puerta, un hombre de mediana edad le abre enérgicamente.

—Oh, Chuletas, adelante, pasa, por favor.

Se quedan parados en la sala de espera, cubiertos por imágenes proyectadas de videoclips surrealistas que cubren una pared.

—Gracias Pap, buena música. ¿Puedo nadar en la piscina?

—Claro, claro, se te ve terriblemente transpirado. ¿Has estado corriendo?... Me alegra que el espíritu deportivo vuelva a la fluctuo-moda. ¿Y mi hija? ¿No estaba contigo?

—Si, pero... un camión en la autopista sónica, sabe, bueno, la piso feo, yo le hice señas a alguien en una bicicleta pero ya sus ojos no tenían la chispa. Necesito otra chica.

—... Bueno, que triste, parece que yo necesito otra hija entonces.

—Claro, es cierto... ¿Podría esperar a que la consiga y continuar siendo el chico de su hija? ¿De su nueva hija?

—Mm... no lo sé... vienen pequeñas, ya sabes, van creciendo de a poco.

—Oh, perdón, creí que compraría un clon de su misma edad.

—Mm... podría ser... la verdad es que no tengo muchos deseos de criar. El desarrollo es bastante aburrido, el crío tarda en cambiar, y por momentos se vuelve tedioso. Además, si me apuro, podría ocultarle la perdida a su querida madre... ya la conoces, es una dama muy sentimental —saca su billetera y la abre, una polilla holográfica sale volando erráticamente.

—... Todavía no me depositan la pensión... ¿Me prestarías cien gramos?

—Por supuesto, todo por mi dulce chica. ¿Se llamará de nuevo Melena, verdad?

—Claro, cómo cambiarle el nombre al clon. Sería bastante tonto.

El padre enrosca la punta de sus bigotes, contempla fijamente al muchacho que busca su tarjeta de debito entre sus decenas de bolsillos.

—Por cierto Chuletas, te has estado manteniendo foto estos días... me gusta que mantengas un poco tu estilo.

—Digamos que es ahora mi estilo hasta que todo se ponga naranja —sonríe, le da la tarjeta y corre hasta el patio lanzándose a la pileta con todo su estilo puesto.

«Me cae bien este gringo viejo, a pesar de su tiempo pasado se mueve en la ola joven. Sí. Que bueno que se compre un clon, porque no quiero cambiar de chica... gasté muchos créditos en este anillo», sueña mojado Chuletas, tanteando distraídamente bajo el agua, dentro de uno sus bolsillos gigantes, un anillo de compromiso de oro blanco y letras griegas grabadas:

Πορ σιεμπρε Μελενα ψ Χηυλετας
«Por siempre Melena y Chuletas».

Demonio musical

Guitarra: Esta banda nunca existió, lo que tengo aquí es de muchos planetas a la distancia, en una galaxia perdida que jamás se expandió lo suficiente. Nadie más que yo puede conocerla, sobreviví a su final, me salí con una sobredosis de polvo de reloj. La he traído a este mundo paralelo para poder tocarla, pero para eso necesito una banda. Son más de cincuenta temas listos. Ahora ustedes ya lo saben, podemos tocar esto aquí y ahora.

Bajo: Buff, no sabría decirte, me sigue sonando a estafa, por más que digas que nunca existió, la estoy viendo y escuchando. Alguien está tocando eso, estamos robádoselo.

Guitarra: Sí, le estamos robando a cinco simpáticos rubios de un continente desintegrado, nada de eso existe ya, y nadie lo conoce o lo conoció. No hay otra copia. Nadie, excepto yo... y ahora ustedes, sabe que existe. Por lo tanto podemos ser nosotros aquí tocando esto ¡VAMOS!

Batería: No sé. ¿Porqué no mejor simplemente tocamos algo nuestro y listo?... ¿O qué?... ¿O qué?... ¿No podemos?

Teclado: Podríamos tocar cosas nuestras, más esto, es una banda interesante; pero podemos proponernos tocar mejor de lo que sonaban y a la vez con nuestro estilo propio...

Voz: ¿Quieren saber mi opinión? —Se acerca a la consola, manotea el disco, la guitarra cae golpeando sus cuerdas— vos no tocas la eléctrica, y sos un ladrón. Esto, loco, es la mejor banda que escuché en mi vida, y voy a hacer que la escuchen en todas partes.

Batería:...Es muy buena. Muy buena batería.

Teclado: No se peleen, che, piensen que... —Piensa—... sacarle los anillos a un muerto no es robar. ¿Me entienden?, hay más de cincuenta temas

completos, rindámosles tributo usándolos de base. Unos buenos cover bien remixados.

Guitarra: NO —levanta la guitarra del suelo—. NO, yo quiero tocarlos sin cambios, suenan bien así. Vos, devolveme el disco, vamos a ponerlo de nuevo desde el principio. Somos nosotros en ésta dimensión, no ellos. DEVOLVEME EL DISCO. Estamos destinados a triunfar aquí y ahora. Es la melodía ideal, todo suena perfecto.

Teclado: Véanse como si fuéramos la franquicia musical en este plano de esos genios perdidos. Hasta podemos ponernos trajes onda marcianos.

Bajo: Esta dimensión es de plasma, guitarrita, y yo, a diferencia de vos, no conozco otra. Mi primo me dijo que ustedes los traslativos son gente rara que no piensa como nosotros. Suenan como una secta, esta banda me suena a secta, aunque debo admitir que la música es muy buena, toda la banda lo es... pero sólo quiero conocer su nombre y que me hagas una copia para escuchar en casa por más que digas que no «existe».

Guitarra: Esto de aquí no sale... arghsbuj —la guitarra se hincha, se parte en dos, musgo y hongos de humedad brotan de ella, baba verde le sale por las orejas al músico, de la boca, de la nariz, toda su cara se desliza por el suelo cableado, sus pantalones rebalsan de un líquido verde fosforescente y *flashes* de luz golpean las paredes acústicas de la sala hasta dejar ciegos a todos, hasta que todos los cuerpos desaparecen en el verde espeso que comienza a cubrir los instrumentos uno por uno. Silenciosamente—.

Esta banda nunca existió, nunca existirá, sólo yo la conozco.

Al día siguiente consiguió banda nueva, no tuvo problemas, vieron el negocio. El demo gustó y firmaron contrato por tres discos y una gira galáctica. Entonces está en propagandas de gaseosa y promueve la conciencia ecológica. Un éxito cuando en el recital vomita un moco verde bañando a toda la gente en las primeras filas y se sacude el bombachón gritando que es un demonio atemporal. Pero el segundo disco no tuvo tanto éxito, y ahogó en el moco fosforescente a tres críticos de revistas juveniles, ahí se le acabó la fama, aunque otros pocos le rindieron culto indefinidamente. Nadie podía negar que su primer disco había sido un discazo. Con su imagen venida a menos, él simplemente apretó la frente con un gesto enojado y apretó con ella toda la dimensión hasta volverla un moco verde que se guardó en los pulmones, que se le parecían en una radiografía a dos agujeros negros de

tanto planeta que se tragaba por cada fracaso que sumaba. En el viaje de regreso tocó canciones tristes, porque pocas veces tenía buenas experiencias, ya estaba sintiéndose viejo y le ardía la garganta cuando sacaba ese moco verdoso y quería rockear. Deprimido, pagó pasaje al pasado, para la casa de sus padres. El mayor problema fue éste: en su desaparecido planeta no estaba siendo bien visto que andarán algunos compatriotas traslativos por ahí tirando su moco verde y apretando dimensiones y masacrando civilizaciones, haciéndolos quedar muy mal en todas las dimensiones vecinas. Por eso, en su planeta andaban quemando vivos en postes a los que volvían de hacer esas cosas afuera, gritándoles que eran diablillos que debían regresar a su infierno espacial. Así que lo quemaron en una plaza a los pocos días de haber llegado y sus amigos de la infancia rescataron por la noche sus cenizas. Las enterraron en el patio donde jugaban de chicos a que eran una banda de *rock*.

Las mariposas de Mercurio dan fiebre

El niño árbol arde en fiebre y alucina, la visita de la mariposa esquizoide con luna aureola de sudor despierta la verdadera mirada de la fiebre. Niño árbol carbón fósforo de fuego en el 39 de mercurio camina pesadilla de universo cero, llamas como tribales cubren la caída del reloj pasando el todo más lento que parando el tiempo. Unión de diez planetas en metamorfosis general como asteroides pulidos en un anillo con hermoso aplique del 700, reliquia vendida por infierno en largas ramas de fiebre sideral.

Bañado en el lago helado el niño árbol está en llamas para colorear. Lo pintan de rojo y amarillo como a una mariposa demencial y esperan que todo pase antes de que despierte la vista ardiente.

Ojos, ojos de fiebre para niño árbol que está en el 39 de mercurio, rostro de madera en llamas tras el lago helado que intenta aplacar el fuego llanto en reloj lento.

¿Nunca te dije cuánto te quiero?

Pipo Catarsis emergió de la morgue y se quedó allí de pie, descalzo, bajo el umbral despintado y un cartel de neón. Bostezó sin hacer ruido, tenía las zapatillas colgándole de los cordones sobre el hombro izquierdo y la camisa blanca cubierta con manchas de la sangre de ayer. Miró el callejón lateral, en la esquina, un cactus violáceo que brotaba de un volquete lleno de tierra y piedras le extendía los brazos espinosos a manera de saludo cordial. No había nadie más a quien saludar. Demasiado temprano como para ver a alguien levantado en las entrañas de Villa Lumpen. La morgue estaba ubicada del lado decadente del río.

Tosió, se rascó la nariz, el aire estaba más viciado de lo habitual, las sustancias psicosónicas de la niebla matinal se mezclaban con los extraños perfumes de las plantas procesadoras de fármacos y pegamentos que colgaban de las ventanas. Un fuerte viento le levantó la falda, echó los ojos al cielo, y fue testigo del primer relámpago que sacudía la espuma purpúrea.

—Fitsotinde de mengo —dijo, y eran sus primeras palabras en más de treinta años. Aunque sólo el cactus pudo oírlas en aquel callejón desolado.

Al llegar a la habitación abrió las células y se metió con los pies helados y la cabeza mojada, no dijo nada, se dejó adormecer por el golpeteo de la lluvia de ácidos contra el techo de tejas.

—¿Hace frío de este lado del río únicamente? —dijo, y eran las segundas palabras que decía en más de treinta años. Sólo su mujer pudo oírlas en aquel lecho húmedo.

—No, también de este lado de la cama hace frío —se dio la vuelta y encontró sus ojos en la penumbra, ella jamás lo había escuchado decir algo y lo tomó con naturalidad, el tiempo estaba dando sorpresas en todas partes.

Acarició su brazo suavemente—. ¿Y?... ¿Qué anduviste haciendo últimamente?

—... El río arrastraba las muertes de las montañas entre trozos de chatarra dulce, Mierda y Químico Viejo sobre un bote de remos me dijeron que más abajo todo se perdía en la desembocadura y se podía pescar de la buena. Fui con ellos y remé como un desquiciado. No llegábamos ni a salir de la jaula suburbana cuando la corriente cambió de dirección y nos arrastró por la bifurcación de la zona densa. Allí se pegó el bote y tuvimos que caminar. Todo iba bien, unos pastarivosos nos invitaron a tomar palo y a jugar con los dardos, pero el loco de Mierda tuvo una mala idea con alguien del pozo y terminamos todos en la morgue de Villa Lumpen. Un desastre. Por suerte era día de arreglos gratis y salí sorteado.

—Menos mal.

—Sí. Menos mal.

—... ¿Pudiste conseguirme algo para la abstinencia?

—No, no pude. Viniendo para acá me agarró la lluvia de ácidos, me mojé demasiado y me quebré en cinco por un buen rato, para cuando me sequé ya estaba en cualquier lado, creo que me perdí en el subte o algo... Igual busqué un supermerqueado por el centro, las esquinas ya estaban desamparadas y en los puestos del parque solamente tenían de lo caro para tontos suertudos. Intente robarte algo, pero mi camisa llena de sangre seca llamaba mucho la atención de los droguis. Perdoná.

—No importa, me conformo con que por fin hallas dicho algo.

—Todavía no dije nada —un beso con los labios secos, la abrazó, puso su cuerpo sobre el de ella, y sus pies fríos se encontraron bajo las sábanas.

Su sonrisa es el fin

El numerador titiló, el voluntario entró por la puerta metálica y la cerró colocándole el cerrojo, se puso de pie frente a un escritorio plateado, cubierto de monitores. El techo transparente del cuarto mostraba la tarde celeste libre de nubes. Tras el escritorio, un hombre lo observaba, o mejor dicho, la silueta de un hombre lo observaba, porque una luz verdosa y cegadora le pegaba en la espalda envolviéndolo en verdes intensos. El voluntario sólo podía intuir los rasgos de su interlocutor forzando sus ojos. Pronto su visión se volvía verdosa y turbia. Varias biocámaras se arrastraban por las paredes blancas, movían sus lentes muy despacio, filmaban ángulos y perfiles del cuerpo desnudo mientras una gran computadora encadenada al escritorio, realizaba un ruidoso proceso de búsqueda de información dentro de su abultado cerebro. La máquina emitió dos chillidos, la luz verde parpadeó, el voluntario miró al cielo y notó que ya podía verse una estrella. La primer estrella en la tarde-noche terráquea.

—Párese sobre el plástico azul, levante sus testículos con la mano izquierda y diga su nombre completo, edad, y números de comando — dijo la silueta de hombre, desde un intercomunicador colgando de la pared se escuchó un eco distorsionado.

—Marcos Bautista Aguinaga, 19 años, 3 meses, 12 días, Leal Brigada marrón de graduados N.º 314, 4.º Batallón de infrarrojos asiáticos.

—... La computadora lo marca en negro, ha caído usted en combate el 15 del corriente en las defensas norte del Infinito por acción enemiga.

—Una ráfaga de muerte caliente, señor, ocurrió el jueves pasado si no me equivoco. Terminé en unas tres o cuatro partes.

Un conmutador lanzó un gruñido entrecortado, la encandilante luz parpadeó nuevamente, varias teclas fueron oprimidas, el voluntario percibió otra silueta. Alguien más estaba en la habitación detrás de aquella luz.

—***¿Qué unidad médica lo ha reparado, soldado Aguinaga?***

—No puedo responder eso, señor, desperté anoche en casa de mis tutores, ellos dicen que llegué con mis ropas de civil pasadas las doce de la noche, dije que estaba cansado y subí a mi habitación. Yo solamente recuerdo haberme despertado esta mañana señor, y mi anterior recuerdo es esa ráfaga de muerte caliente dispersándome por la ladera.

La computadora emitió un pitido largo.

—***Tenemos la data correspondiente a la cremación de su cuerpo por parte de la unidad incineradora N.º 393, está confirmada su horrible muerte por cámaras testigo, junto con el 40 % de su batallón entre el martes y el viernes del corriente ciclo. Aun así, la computadora maestra ha confirmado su identidad. ¿Puede explicar esta paradoja que nos presenta al venir aquí, soldado Aguinaga?***

—***¿Puede justificar el tiempo que nos está robando como si fuera el enemigo mismo?***

—No tengo explicación para todo esto, señor, no sé cómo pudo ocurrir; pero estoy dispuesto a continuar con mi servicio hasta morir de nuevo, y así arreglar las cosas.

Una explosión y una sirena se hicieron oír en la lejanía.

—***Su deber, soldado Aguinaga, era permanecer muerto.***

Una espiral rosada de ondas vibró el cielo, el voluntario, que aún levantaba sus testículos con la mano izquierda, vio pasar entre las olas rosas a varias naves supersónicas. Su bramido estaba llegando desfasado, mezclado con el de las explosiones en la estratosfera. La primer estrella estaba cayendo. Las líneas defensivas del tiempo ya estaban perdidas.

—***Recoja el uniforme del suelo y vístase.***

De la luz verdosa surgen dos soldados, uno de cada lado del escritorio, apuntando al suelo sus armas nucleares se acercan al voluntario que sostiene con ambas manos unos pantalones grises y una chaqueta camuflada.

—***Será escoltado a la unidad incineradora N.º 393. El tiempo que nos ha hecho perder le será descontado a su familia titular.***

—¡Sí señor!

—*Su resurrección quebranta severamente tres de nuestras leyes realistas, leyes por las cuales peleamos esta guerra cuántica, soldado Aguinaga. El enemigo no nos dejará sin el poco futuro y la escasa cordura que nos queda en la Tierra.*

—¡No señor!

Una explosión verde, la gran luz frente a él se fragmenta y deshace. En el cielo, cayendo rápido, surge un gigantesco aniquilador de masas, su sombra cubre toda la urbe en ruinas. El suelo se sacude cuando sus negras piernas hidráulicas de más de cien metros de alto golpean la base del cerro, destrozándolo todo.

—*Su medalla póstuma y su lápida le son removidas, su nombre es borrado del banco de historia p...*

La pared tras el escritorio estalla en millones de partículas que golpean su cara, el voluntario se agacha y cierra los ojos ajustando los últimos botones de su chaqueta camuflada. Desde el cuarto sin techo puede verse al aniquilador escupiendo balas de muerte atómica. Entre el espeso humo verde, uno de los guardias pateo la puerta de la habitación y los dos salen encorvados por el pequeño pasillo dejando al voluntario sentenciado a muerte, solo. Las baterías antimateria disparando uranio contra la inmensa máquina de matar rugen detrás de las temblorosas paredes. El inmenso aparato destructor enemigo busca, inspecciona cada rincón de la base con su único ojo rojo, detecta blancos móviles en el suelo devastado eliminándolos de un soplo químico. El voluntario salta el escritorio, la computadora humea y lanza chillidos, se sacude por su combustión interna. En la silla central encuentra una silueta de madera negra con un altoparlante en el rostro que continúa hablando entrecortadamente.

—*Párese sobre el plástico azul... edad, números de comando. Nombre incorrecto. Párese sobre el azul. Cuarta dimensión peso cero... Error grave en fecha de registro.*

El voluntario busca un arma de algún tipo entre los escombros, no mira hacia arriba, pero escucha el gran motor revolucionarse y los estallidos cercanos y la patas metálicas destrozando los barracones. El hedor de la carne quemada comienza a envolver el recinto. Atraviesa el umbral de la puerta que poco antes ha pateado el guardia y zigzaguea el pasillo. Una sirena de ataque aéreo comienza a sonar en el valle residencial. El *hall* de espera del cuartel es

un caos atemorizante, los jóvenes reclutas descalzos corren con sus nuevos uniformes y sus armas limpias y grasientas, corren hacia la entrada principal abarrotada de cuerpos humeantes, el aniquilador ya está cerca soplándoles muerte por las costillas. El voluntario no se resigna, toma un arma del suelo, es de muerte tibia, poco le sirve contra un gigante blindado del tamaño de una montaña. Corre hacia un torreón negro, dentro, varios artilleros manipulan una manguera de ácidos que apunta al mastodonte.

—¡Aún no está lo suficientemente cerca! —grita el capitán de la dotación, pero ya no importa, el voluntario ve por las ventanillas como el ojo rojo los mira fijamente y se arroja hacia las escaleras en caracol al tiempo que la punta del torreón revienta en llamas y cadáveres frescos.

—El voluntario trepa una muralla y sale del cuartel en llamas, es una batalla perdida, salta cuerpos desmembrados retorciéndose en su sangre caliente, las quinientas metralhas del aniquilador cubren todos los costados de la avenida principal. En la plaza central, los blindajes oruga se agrupan en posición defensiva frente al Ministerio de Autocontrol. Todos los sobrevivientes se ocultan en lo profundo de las ruinas de la gran ciudad, el cielo se está cubriendo de naves de fuego y cobalto, un ataque masivo, y la superficie ya no es un buen lugar para estar marchando. Se arrastra lo más rápido que puede a una puerta roja entreabierta, la única que ve en pie en toda la cuadra que recorre, los blindajes oruga lanzan sus llamaradas al cielo que vuelve a tornarse de un rosa ondulante, debe entrar rápido o morirá de nuevo. Destrucción, y repentinamente la puerta se abre hacia adentro, unas manos lo llevan al interior de la oscuridad. Se pone de pie, escucha los sonidos de muerte en el exterior, las explosiones y el fuego que se filtra por las grietas iluminan en ondas intermitentes la silueta de una mujer, ve el rostro, ella sonríe y le acaricia el pelo. El calor rompe la puerta, las llamas funden sus miradas, el techo de metal gotea sobre ellos, y el voluntario mira el cielo por el orificio de fuego. La primera estrella ha caído.

Mi sonrisa es el fin

Espacio negro. Completa oscuridad. Mis ojos abiertos sólo pueden ver lo que imagino, pero no puedo concentrarme en imaginar algo. Desnuda en el silencio me concentro en el frío que sufren mis pies descalzos. Se siente el suelo como piedra pulida, pero tan helada que podría ser hielo. No puedo moverme, no lo logro, mis músculos están petrificados. Dos grandes narices en mis hombros respiran profundamente.

Un chasquido eléctrico, los colores se encienden, la pequeña habitación vuelve a ser la misma, es el cuarto interrogatorio, en éste yo no puedo ver quien habla conmigo. Está en mi cabeza. Susurrando. *Deja caer las cartas nena. Suelta ese mazo y entrega las fichas al crupier.* Intento decir algo, pero mi boca esta seca de palabras y llena de saliva que se escurre en un hilillo por mi mentón. *Grabamos tus pasitos de bebe nena, la calle regurgita tus heces. Estamos comiéndote.* Poco a poco voy sintiendo que puedo moverme, ahora el calor es intenso. Nace del suelo y las paredes. Mi cuerpo transpira, gotas de sudor caen, las siento correr por el cuello, bajan por mis pechos mientras otras me atraviesan la espalda. *Te estás quedando nena, ponte a correr o terminaras última.* Me toco el rostro y lo descubro áspero, como corteza de árbol. *Muerde la manzana nena. Te estás quedando sin corazón.* Una brisa helada me da directo en la espalda. Tirito. Tiemblo. Me resbalo y caigo al suelo. *Te vendieron tiempo muerto nena, te estás hundiendo en un reloj de arena. Sólo dinos dónde ha sido la fiesta.* El suelo está pegajoso, la transpiración y la suciedad que revisten los cerámicos se pega a mis dedos. Trato de concentrarme, acurrucada en el suelo intento salir del cuarto interrogatorio. Mis ojos comienzan a sangrar, mis pies pisan hielo de nuevo. Los siento, aún echada en el suelo como lo estoy ahora. Escucho los colores.

Queremos ver tu sonrisa...

Queremos ver tu sonrisa en todas partes.

Ríe...

Ríe nena.

Espacio negro. Completa oscuridad. Mis ojos abiertos sólo pueden ver lo que imagino. Veo una estrella en el espacio, todo se llena de ellas y ya no siento mi cuerpo, no puedo tocarlo; pero sé que estoy en una habitación blanca del palacio, desnuda sobre una cama deshecha, contemplando las estrellas que se escurren por un pequeño tragaluz en el techo.

Un chasquido eléctrico, las luces de la habitación se encienden. Por las paredes se desplazan manchas de colores cambiantes con máscaras de cerdo, son los demonios de la fiesta de Ganímedes; los he conocido a todos, babeando enloquecidos, con las colas cargadas de agujas y drogas de orgasmo. Y yo siento algo, alguien derramando colores por mis muslos brillosos de sudor y brillantinas. Me muevo lentamente, intento disfrutar las sensaciones que no sé si vivo o recuerdo. Poco a poco la ventana se va iluminando, las paredes se diluyen en un tono anaranjado, todo se llena de explosiones. Intento mantenerme estática, inexplicablemente mi quietud me hacer caer de la cama. El suelo de madera está frío y me trae malos recuerdos, entonces atravieso el suelo y caigo en el cuarto interrogatorio. Tontamente comienzo a reír. Cantándoles todo lo que sé a los susurros enfermizos.

Tu sonrisa es el fin

La calle termina en una neblina de nube baja que pierde el rumbo, otra vez es jueves en esta farsa. Parado en mi soledad, sobre la plaza abandonada, estrujo un panfleto que aferra mi mano desde la última esquina, me lo ha dado un niño vestido de soldado que olía a muerte. La muchacha estaba sentada en un banco, me he despertado queriéndola, la vi alejarse asustada por una callejuela, perderse en la nube baja y doblar. Recorro un pasillo entre esqueletos de fábricas, sus altos muros descascarados, empapelados de arengas y mandatos que ya nadie lee. Es una calle vacía como todas las que quedan en pie.

Y yo simplemente quiero verla reír, soñé que lo hacía, hago un bollo con el panfleto y lo arrojo a la tierra seca que mis borceguíes comienzan a levantar al tiempo que acelero mis pasos, trotando en dirección a la densa neblina. Me aturde el rugido de naves supersónicas que quiebran el silencio. Cortan el cielo en dos con sus agudos chillidos.

Me detengo al final de la calle, en medio de la nube que me humedece el cuerpo, ya estamos entre las nubes. Ella ha girado a la derecha, puedo sentir su sonrisa detrás de un murallón de concreto. Camino en paralelo buscando una puerta por donde pueda haber entrado. No sé qué más hacer, llevo bastante tiempo perdido en esta quimera de cemento. Llego a una pequeña puerta rojiza, la golpeo con un puño, parece bastante maciza. Un viejo encorvado y con ropa de sargento abre desde el interior y me hace pasar tomándome de un brazo, empujándome al interior. Filas de hombres separados por edades hacen fila delante de grandes escritorios llenos de pantallas y municiones. El cielo partido en dos, no hay techo y pueden verse los torreones en ruinas, los metales retorcidos, el humo negro, el olor a carne.

—Colóquese en la fila cinco y espere su turno para recibir uniforme y arma... ya no quedan botas —le dice bajito y con voz temblorosa una anciana con las piernas hinchadas, en su andador con rueditas se ha instalado una

ametralladora pesada. Un par de medallas al merito cuelgan de su pechera marrón.

—No vengo a esto abuela, busco una sonrisa —por enormes altoparlantes se escucha la voz del mando, repite sus palabras, pero no es una grabación... subido a la punta de un tótem guerrero, el líder elegido, con la voz ya gastada se repite en su discurso una y otra vez.

NOS HAN QUITADO EL FUTURO, NOS HAN ROBADO EL TIEMPO, SOMOS LA VANGUARDIA DEL FIN, ESTAMOS AL BORDE Y NO NOS QUEDA MÁS POR HACER QUE MORIR QUERIENDO VIVIR, PERO NOS IREMOS PELEANDO, COMO NOS ENSEÑARON A PELEAR, TODOS JUNTOS HASTA QUE TODO TERMINE. DEJEN SU ALMA PARA QUE PUEDA SER FILMADA Y CATALOGADA POR EL NUEVO CAMBIO, ROMPAN SU CUERPO CONTRA NUESTRO MAL QUE NOS OBLIGA A LA RUINA, SOMOS EL CAPÍTULO FINAL DE NUESTRA GRANDIOSA HISTORIA. REGÁLENSE UNA MUERTE DIGNA.

NOS HAN QUITADO EL FUTURO...

—Las sonrisas están del otro lado del tiempo, jovencito, pronto las veremos juntos. Somos la vanguardia del fin.

Prólogos

Campanas distorsionadas se balancean y escupen ecos de metal pesado. Una tras otra resuenan en el edén insolado levantando su volumen hasta alcanzar el temblor de las orejas marchitas. Las campanas simbolizan algo; pero Gánímedes no recuerda bien qué. Zumbidos de tímpano agudo le clavan agujones en la nuca. Gruñe, destapa sus ojos y éstos se le llenan de la luz del mediodía, obligándolo a cerrarlos nuevamente. «*Porquería de día*», piensa, y se encoge abrazando sus rodillas, escondiendo su pesada cabeza bajo las sombras del destrozo y la alfombra persa, transformándose así en un feto desarticulado, totalmente consumido. Vegetando en un purgatorio de espasmos y excesos insoportables.

Se rasca rudamente los mechones rojos y negros de su cabellera entrecortada, percibe su cerebro entumecido y vacilante. Le murmuran frases viejas, las voces que se dilatan en conversaciones entrecortadas de gritos y cristales rotos. ¿Quién apagó la música?

Estira sus extremidades intentando un bostezo, abre la boca, el movimiento termina en un eructo de sabor ácido que vuelve a tragar y le retuerce el estómago. La sensación le recuerda vagamente lo desvivido por la noche, pero sus imágenes mentales pierden por momentos sentido, se vuelven fotografías desenfocadas de alguien que dice ser él.

Anoche. ¿Anoche? Hoy ha tenido su fiesta arrítmica. Eso es. HOY. Seres sexuales de las familias más cómodas de todo el cosmos tomando mezclas de licores vencidos con esquizofármacos y blanqueadores de medula genéricos. Remueven sus entrañas entre manoseos y risotadas falsas hasta el amanecer. Hechos una masa de jugos y dientes flojos se escabullen entre las camas y los sillones. Se achicharran y entrelazan formando pelusas de resaca amorfas y tibias que se dispersan por los rincones del albergue solariego, donde las

fiestas opíparas de los perpetuamente poderosos son indefinidas por la corrupción del tiempo que desdoblan a su gusto. Se desfasan del universo y resbalan dimensiones en una órbita inestable para cometer orgías sin final ni comienzo en los últimos planos descendentes. Se masturban, se rasguñan, se acarician con sus ásperas lenguas. Hoy no existe el mañana. Mañana no existirá el pasado.

Más tarde, el viejo y poderoso Sol, gigante rojo con su núcleo de helio ardiente, entra de lleno por las ventanas abiertas. Los resacosos epilépticos se sacuden en sus trances de amanecer tardío, golpeados por el calor de la luz. Algunos intentan esquivar el haz escurriéndose aún más profundo bajo las sombras.

Ganímedes se quita las lagañas recostado en el suelo, despide otro eructo ácido por su boca pastosa, sus ojos mueven los cuadros y el techo se le viene encima hasta poder tocar los brillantes caireles de la araña. Puede agarrarse a ellos, respira profundamente y junta unos gramos de fuerza, levanta los brazos, se aferra a la araña sintiendo lentamente la alfombra bajo él descender, dejándolo colgado sobre un cuarto que vibra dando vueltas opuestas a las agujas del reloj. Balancea sus piernas, comienza a sentir náuseas a tres metros del suelo, demasiado peso muerto para soportarse sin energías, titubea, echa un soplido; las venas en su frente se inflan azules y sudorosas. Abre las manos, y al soltarse, su cadera golpea de lleno un pequeño sofá de relax sónico, activando la música de ayer al caer sobre el control remoto del equipo de audio. Música. Ningún pájaro canta bajo las campanas y el ruido áspero que comienza a desprenderse de los telones.

Concierto estridente de escenario en movimiento se arquea en un espasmo frío y de su boca salen desde arcadas tensas dos bolas de pelos y tierra seca, salen rodando del cuarto arrastradas por la brisa que parece filtrar el ventanal entreabierto.

Dolor en dosis doble le recorre la espina en una fuerte punzada. Algo de ayer no quedó demasiado bien.

—¿Qué hora es? —pregunta una voccecita apagada, desde sabanas turquesa revueltas en una cama con forma de corazón. Una pierna larga y

morena cuelga sobre los restos de un florero hecho pedazos—. Creo que desperté en otra parte.

—No importa eso en mi palacio, estás aquí, y puedes seguir larvando tranquila hasta que te hartes de no hacer nada. Nadie te molestará.

Ganímedes se pone de pie torpemente, abre un panel de control en la pared central y apaga el audio general de toda la zona, de diez kilómetros a la redonda. Demasiado ambiente de fondo, por lo menos así sólo escuchará los latidos de su enorme cabeza. Hace sonar su largo cuello, escupe, encuentra en una botella derramada el vestigio suficiente como para sacarse el mal gusto de la boca. Lanza el envase vacío por la ventana y se agarra de una cuerda colgante que pende junto al sofá. Tira de ella tres veces. Mira hacia arriba, y al hacerlo, es elevado hasta la terraza a través de una esclusa oculta y un sistema de poleas que él mismo ha diseñado en su buena época. Falto de ropa, con lápiz labial en la cara y manchas de sangre ajena entre los pelos de su pecho, se rasca un glúteo y bosteza contra la capa de nubes chispeantes que avanzan lentamente desde el Este. Hacia donde un sol verdoso agita el día en su lujoso planetoide privado.

A punto están de avanzar sus pies descalzos cuando sus ojos miran al suelo y lo detienen en seco. Frente a él yace un diminuto animal, un cachorro de ovejero destripado, sus ojos reventados, bajo el hocico negro sobresale un sobre amarillo del servicio cosmopostal de mensajería rápida con su sello roto. Ganímedes se rasca la nariz, arruga el ceño, mira detenidamente las siete esquinas de la terraza, nadie más que él y el cadáver cachorro aplastando ese sobre amarillo. *«Alguien ha traído un perrito desarmado a mi fiesta exclusiva. He dicho que nada de animales de compañía ni artefactos de pensamiento, estúpidos mocosos»*, emite su cabeza, que continúa latiendo ruidosamente y es lo único que suena por el momento. *«Tal vez la carta me diga de quién es este juguete de sangre coagulada»*. Levanta el sobre y extrae la tarjeta celeste de su interior:

(DemAsiaDos años) *STOP* (Tiempo Tiempo)

Convergencia. *STOP*. Han encontrado el agujero negro.

TIEMPO.

STOP. Están dentro de tus cerdos muertos. ¿Dónde?

TIEMPO. Tu banda está soltando el cordel. *STOP*. Incendia.

TIEMPO.

(Tiempo Tiempo) Hoy es mañana. *STOP*. A quien corresponda.

Ganímedes examina la tarjeta en todas sus limitadas dimensiones holográficas. Ojea la terraza de esquina a esquina otra vez, los senderos de los jardines, las nubes que ya cubren al gigante rojo. Su cabeza aún algo adormecida comienza a creer que ha captado sólo algunos fragmentos del mensaje. Siente que debe leer de nuevo lo ya leído; lo hace, y vuelve a leer lo mismo. «*Es un mensaje de aviso*», piensa, pero intuye que simplemente es alguien que quiere asustarlo. «*¿Cuántos esquizofármacos en el jarabe de cactus de anoche estaban procesados en laboratorios de Vitamina?*». La tarjeta en su mano cambia del color anaranjado al violeta oscuro para volver a caer finalmente en el celeste y disminuir así el contraste entre los pictogramas y el plastificado granulado. Suelta la tarjeta sobre las tripas descompuestas y arquea los pies. «*Alguna broma alcaloide; mejor vuelvo abajo, me trago un mileno y me relajo en la cama con algo de campanas de metal pesado... piernas morenas, y termino esta fiesta de una vez por todas. Será lo mejor*»...

Parpadeo de luz en el fondo opaco de su mirada turbia, algo ha sucedido con el horizonte, camina hacia atrás visionando el peligro, y cuando está a punto de tomar la decisión de dejarse caer nuevamente en la habitación, sus pies sienten el suelo temblar violentamente. Una ráfaga de aire caldeado le penetra la espalda... se detiene, busca en el fondo del paisaje y descubre el hongo de nubes naranjas, rojizas, amarillentas. Ha apagado el sonido de sus alrededores, eso lo recuerda bien, de no ser así, hubiese escuchado el ensordecedor estallido de la bomba de neutrones al golpear su planetoide y detonar a medio millón de kilómetros por segundo. Las nubes eléctricas comienzan a soltar relámpagos fluorescentes contra las torres del palacio. Ganímedes activa sus músculos, los necesita más que nunca, regresa arrojándose de un salto al cuarto de la pierna morena y la alfombra persa. Intenta acomodar la caída, pero pega de cola contra el borde de la cama y sus rodillas se clavan contra los trozos de una botella rota. Sangre fresca. Rápido, desordenado, aceleradamente abre de un portazo el ropero y comienza a vestirse con cueros y sedas rojas sin prestarle atención a lo que se pone. Sus pensamientos se entrecruzan, se hablan a sí mismos. *¿Dónde están tus acólitos, Ganímedes?*

¿Quiénes son?

—No podemos seguir durmiendo, salite de la cama ya mismo, hay que mandar a despertar a todos. Esto es una mierda. Alguien me entregó. No sé qu...

Mira hacia la cama, las sabanas llenas de sangre, un gallo decapitado se retuerce agitando sus alas, no puede escuchar el aleteo, aún no ha vuelto a encender el sonido de ambiente, el corazón del animal todavía bombea sangre que se le derrama por el pescuezo. Abre la consola de mando en la pared y oprime el botón de activación de los efectos de audio, el comunicador de ondas ha estado sonando en la mesita de luz, se acerca a la cama y observa que entre la sangre hay otro sobre amarillo, ésta vez lacrado; lo toma con la punta de los dedos mientras recibe el llamado.

—Por fin carajo, esto es urgente, habla Crono, será mejor que vengas a Tritón en lo más rápido que tengas. La relativa consiguió tus sueños binarios. ¿Por qué no atendías?...

Mientras escucha, Ganímedes lee la carta celeste y piensa en lo mal que ha empezado su día, necesita tiempo para pasar el mal momento. La tarjeta cambia de color.

Los tuyos te han traicionado. 5.

Quieren verte caer. 10.

El futuro ya no te pertenece. 50.

No confíes en nadie, ni siquiera en ti. 10.

o en este mensaje borrado. 5.

PD: Tu paranoia amiga está en el cincuenta.

—... Lapsus está esperándote en Luna-14, puede saltarte a Tritón desde allí. Por cierto, ¿recibiste mi tarjeta?... Felicitaciones por el casamiento y lo del asteroide, y espero ansiosamente conocer pronto a tu nueva esposa, me has hablado mucho de sus piernas morenas. Bueno, supongo que saldremos de ésta... aunque la cosa se está caldeando feo por aquí, Ganímedes. Destruye los rostros felices.

Por aquí se dice que nos queda poco tiempo.

—El tiempo es nuestro negocio eterno.

Ganímedes cuelga, estruja el mensaje y se coloca sus botas blancas. El gallo sobre las sabanas deja de moverse.

Golpes en la puerta, Ganímedes se agazapa, desenvaina una daga oculta en su bota derecha, se acerca sigiloso y la abre de par en par, de ella cuelga un conejo despellejado, atado por sus patas traseras a un clavo y de un rojo

brillante. No ve ningún correo amarillento esta vez. Revisa el pasillo, otro cadáver frente a la puerta. Es un bombero blanco. Está desinflado como si fuera de plástico viejo, le han disparado con un disipador de huesos. Gánímedes escucha los gorjeos por debajo de la máscara de chanco, todavía respira, todavía late su corazón y mueve algunos músculos. Los pulmones inflan la camisa, pero no es más que una lánguida marioneta, le han suministrado toda la carga del arma y ya no tiene hueso alguno que articule su cuerpo. Gánímedes se queda boquiabierto, los ojos encendidos y una arcada amarga, las drogas y el sexo salvaje le han dejado el estómago agitando efectos secundarios. Reacción. Su corazón fuera de borda lanza tambores acelerados. Aprieta la quijada, corre al interior de su alcoba y abre un cajón de la mesita de luz de un manotazo. Respira profundo intentando calmarse, deja la daga sobre la cama y piensa en colores claros.

—Unos años extra y todo esto estará pasando.

Del cajón saca un frasco de cristal donde tiene almacenado su concentrado de tiempo sidéreo. Calcula un milenio y se lo traga calmadamente por el ojo izquierdo, lo siente hincharse de estrellas, las bandas se entrecruzan en su cabeza y se iluminan de tensión. Camina sin caminar por la alfombra persa que lo siente corriendo suelto con las paredes entre planos mixtos. La puerta está abierta, dentro del conejo ahora descubre una tarjeta.

Queridísimo señor Gánímedes:

Tenga la absoluta tranquilidad de que este regalo es exactamente eso. Y que detrás de él, hay un producto serio con más de cien mil billones de clientes satisfechos. Por ser usted uno de esos cien mil billones que nos han elegido, el producto lo premia con un obsequio que podrá retirar de nuestras sucursales gratuitamente, digiriéndose telefónicamente al 5-10-50, o dirigiéndose personalmente a donde le quede más cerca de donde esté. ¿Usted se imagina el regalo que le espera?

AtentamentE: EtnematnetA

La tarjeta se disuelve en un líquido efervescente que se le pegotea en las manos. Un hormigueo frío sacude su cabeza. En deslizamiento errático levanta su morral del suelo, guarda su frasco de tiempo, su daga, su alfombra persa, su pierna morena, y se arroja contra la puerta que da al pasillo. Antes de salir impulsado en dirección al salón principal se detiene de lleno frente al cuerpo deshuesado que aún gorjea un poco de vida. Ganímedes se apiada del sufrimiento de su acólito anónimo y colmado de compasión le pisa la cabeza con su bota blanca. La máscara de calavera de cerdo se parte en dos, el casco negro de bombero se suelta, desparrama sangre y sesos por su nariz y orejas. Es como pisar una bolsa de carne, los músculos del cuerpo blando se sacuden unas cuantas veces antes de perder el interés por vivir. Limpia su bota refregándola sobre la túnica gris del cadáver, sus orejas vuelven a notar el sonido de las campanas en el jardín vibrando los ventanales. Las paredes se sacuden, el techo se ondula mecido por las ráfagas penetrantes que parecen estar aumentando de decibeles. Ganímedes se retuerce, lagrimea algunos años y saca la daga del morral. Escucha golpes en la puerta, fuertes golpes, parecen estar intentando tirarla abajo, el cinturón del bombero blanco tiene un arma de destrucción masiva colgándole en un costado.

—No, Ganímedes, no vas a usar un arma después de todo... —se dice forzosamente, comenzando a transpirar siglos por la frente y sentirse horriblemente desfasado. Le laten tanto sus ojos hinchados que los cree a punto de reventar, *«Ese milenio estaba mal picado, alguien estuvo tocando mis cosas mientras dormía»*—... Nunca te gustaron las armas Ganímedes, no vayas a abrazar el fuego ahora que estás tan cerca. No. NO.

Se lanza en dirección opuesta a la puerta principal, encorvado pasa por la galería, no quiere ser visto por las ventanas. Las campanas empiezan a ensordecerlo. Grita.

—¡No nos atraparás en este plano desdibujado ni en ningún otro, maldita conciencia! ¡SOMOS CONVERGENTES!

Se arroja rodando por las escaleras, pierde su capa en el quinto escalón pero no regresa a buscarla, atraviesa la cocina y de una violenta patada abre las puertas que dan a los jardines internos. Su mano derecha aferrando tensamente la daga. Al salir al exterior siente el calor rojizo que le quema la nariz cuando respira, es la onda expansiva del estallido de neutrones que lo empuja todo hacia adentro. Toma fuerzas hinchando los pulmones y corre por un sendero de piedra, corre, pero corre sin correr, como impulsado

únicamente por la sobredosis de tiempo adulterado que se ha tragado. Continúa el envión saltando la piscina vacía, los setos, a lo lejos ya puede ver el galpón sobre la colina donde están las naves cohete. Conoce un lugar donde esconderse del que jamás le habló a nadie, que nadie sabe que existe.

Bordeando la fuente encuentra a otro de sus acólitos, flota sin vida en una fuente bajo dos querubines de piedra que le orinan la espalda. Recuerda vagamente aquella muerte, fue durante la penúltima fiesta del año cero, un invitado inquieto lo asesinó por pura diversión. Se acerca, da vuelta el cuerpo y le desabrocha la careta de cerdo, cree que con ella podrá respirar el aire enrarecido, pero al removerla Ganimedes descubre la descomposición en muerte lenta y con una dolorosa rigidez del cuello vomita más de doscientos años algo tibios y con jugos gástricos, un hilillo de tiempo le queda colgando de la quijada. Tose, deja caer la máscara al agua de la fuente, en el cinturón su acólito porta un viejo revólver de siete agujas, *«Nada de armas... nada de...»*. Escucha un silbido en el aire; no necesita mirar hacia arriba, sabe que lo siguen con algún tipo de pájaro a radio control. Está a punto de tomar el arma, cuando siente el pinchazo en la nuca y se agazapa contra la fuente. Agita la daga y se toca la cabeza, nervioso, las puntas de sus dedos tocan la sangre que no querían tocar, *«Me tiraron con algo, me tiraron con algo frío»*, busca en su morral y saca con manos temblorosas el frasco, lo abre buscando desesperadamente un buen año...

«Nada, los muy hijos de puta adulteraron todo mi tiempo. Y yo como un novato me tragué mi propia muerte por el ojo más sensible».

Y allí, bajo la sombra de un hiperespacio clandestino, donde las pupilas cristalizadas convergen en espirales de tiempo, Ganimedes suelta la daga abriendo sus temblorosas manos. Dejando escapar un soplido silencioso.

Hundiéndose en el luminoso blanco del vacío absoluto...



FABIÁN BEVILACQUA (Buenos Aires, Argentina, 1982). Comenzó a escribir en su adolescencia relatos cortos y posteriormente novelas, principalmente de ciencia ficción. Es editor independiente bajo licencias libres y enseña historia argentina en un bachillerato popular ubicado en la Federación Libertaria Argentina.

Ha escrito de forma colaborativa con varios escritores, explorando la hiperficción constructiva, además hace parte de iniciativas grupales que promueven el mercado de los libros y la escritura independiente.

Creador en su obra de universos distópicos, lisérgicos y satíricos de diferentes calibres, saliéndose muchas veces de la ciencia ficción, y conformando un abanico que va desde el relato corto post-apocalíptico hasta la novela histórica.

Notas

[1] Para dicho cálculo debe tomarse como parámetro de mapamundi, la proyección cartográfica de Gall-Peters. <<

[2] Ambas corporalidades viscosas suelen adaptar canciones de Luis Miguel y alterar sus letras. <<

[3] Ganímedes no especifica si se trata del continente terrestre, o del sexto satélite natural de Júpiter en orden creciente de distancia. <<

